La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 4 de abril de 1892 — Núm. 536

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



COLOQUIO AMOROSO, cuadro de D. Laureano Barrau. (Exposición Parés.)

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Castelar. - *La gran guerra de 1892*. - *Las antiguas figuras de barro*, por Mélida. - *Miscelánea*. - *Nuestros grabados*. - *Hacia el ocaso*, novela de P. Marguerite. - SECCIÓN CIENTÍFICA: *Experimentos de capilaridad*, por Guillaume.

Grabados. - *Coloquio amoroso*, cuadro de D. L. Barráu. - Tres grabados correspondientes á *La gran guerra de 1892*. - *El anacoreta* y *Regimiento de cazadores en marcha*, estudio y dibujo de D. R. Navarro. - *Pedestal del proyecto para un monumento á la rendición de Granada y al descubrimiento de América*, esculpido por D. A. Susillo. - Figuras 1 á 5. Cuatro grabados que representan varios experimentos de física. - *Las comadres de mi barrio*, cuadro de D. L. Graner.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

Cuanto más estudiamos al emperador de Alemania menos advertimos el pensamiento capital á que responde su política y los rasgos que caracterizan su persona. Después de haber conmovido á todos los liberales y á todos los pensadores germánicos, presentando una ley de instrucción pública reaccionaria, se arrepiente de súbito y vira en redondo, hasta producir con sus sacudidas una peligrosa crisis ministerial. Apenas toca una cuestión cualquiera, cuando la pone ya en lo absurdo, á dos dedos del abismo. Aqueja una grande agitación al mundo, la increíble agitación socialista, y le toca por su ministerio á él prevenirla y aminorarla; pues la encona con su convocatoria de un verdadero concilio, en Berlín congregado para definir el dogma de tal escuela, como si este previo paso de la convocatoria para una definición dogmática no arguyese directo asentimiento á lo definible, cuando sólo es condenable. Pero después que ha enconado el socialismo con semejante martingala, propia para exacerbar los apetitos y no satisfacer ninguno, ahora nos amenaza con un ataque á las libertades humanas, dentro de las que viven todos los principios, dadas las facultades constitutivas de nuestro ser, encarnadas en las leyes y en las instituciones por el progresivo espíritu de la civilización moderna. Erraba el emperador convocando solemne junta internacional por una utopia evidentísima, y yerra más el emperador ahora combatiendo al monstruo desde fuera de la libertad, lo cual equivale á combatir aquí en el planeta cualquier plaga desde fuera del aire. No tenían derecho los socialistas á las leyes excesivas, dadas con el fin de procurar cajas y retiros á sus fieles, que debían ellos procurarse por su previsión y por su ahorro bajo su responsabilidad, y dió el emperador esas leyes perturbadoras del capital y del trabajo; ahora tienen derecho á la expresión libre de sus ideas y asociación de sus individuos, y el emperador, después de concederles todo aquello que nunca les debió haber concedido, ahora les niega todo aquello que nunca les debió haber negado. Calificará el diletantismo al uso de vulgaridad aquellos apotegmas de que la libertad descompone lo muerto y aviva lo vivo; pero de tales vulgaridades vivimos y por tales vulgaridades se han sacrificado los mártires del derecho moderno en toda la redondez de nuestro planeta. La concesión de lo ilícito y la defensa de lo lícito hechas por el emperador, prueban cómo desatina y desvaría en las inaccesibles alturas de su trono. Salida la suya verdaderamente análoga con las leyes dadas contra los chulos confundiendo la moral y el derecho; análoga con los sermones casi pontificales dichos en alta mar cual un misionero jesuíta ó un explorador puritano; análoga con la orden del día expedida para que dance la gente militar en los bailes y se regocije; análoga con la despedida incomprensible del férreo canciller, cuya inteligencia incomparable hizo la Germania y su maravillosa unidad; análoga con las comedias y con las óperas sugeridas á poetas y músicos de cámara, creyendo por ellas justificarse ante la posteridad y ante la historia de sus ingratitudes imperiales; análoga con el dicho murmurado en las orejas de sus tropas últimamente, recordándoles cosa tan inoportuna como que tienen la obligación de disparar en filas los hijos al pecho de sus padres si el general se lo dice; análoga con tanto desvarío y desatino como á diario produce una fertilidad tal de invención, que llega en término postrero á verdadera extravagancia. El asomo de retroceso en materia socialista se halla combinado con una deliberada retrogradación en materia científica, sujeta por el emperador á las varias confesiones cristianas, como si la ciencia no tuviera derecho á cumplir su finalidad propia sin ajenas intervenciones é ingerencias de poderes y elementos extraños al ser y á la vida suyos. Pero después de haber hecho tal cosa retrógrada, parece destinado en esta fase de la historia moderna el emperador á pegar al mundo entero germánico su propio desarreglo nervioso. Y como parece á esto destinado, las agitaciones allí se suceden unas á otras en tropel extremo sin tregua ni descanso. A la suscitada entre los socialistas por las amenazas de mengua en su derecho, á la suscitada entre los institutos de pública enseñanza por la intervención de los cleros varios en sus doctrinas, á la suscitada entre todos los políticos por los amagos de una retrogradación en la cual únicamente se divisan enormes daños, únese la suscitada entre los militares del Imperio por su desatentado empeño de llevar la unidad en el mando y la conformidad en el organismo allende lo permitido por las costumbres germánicas, inclinadas naturalmente al principio por excelencia de una constante y general variedad. Con motivo de semejantes pretensiones cesáreas y para vencerlas ó por lo menos contrastarlas, Baviera, sosteniendo los restos de su autonomía secular, ha tomado medidas encaminadas á obtener una verdadera diferencia entre los dos ejércitos, el suyo y el prusiano, mientras por un informe del príncipe heredero ha protestado Sajonia contra los abusos inverosímiles á que la vida militar alemana llega por regla general en todo, pero con especialidad en las relaciones entre los jefes y los soldados, en las cuales relaciones aquéllos tratan á éstos como solían los patricios antiguos romanos tratar á sus infelicísimos siervos. Cuando uno lee documentos así, regocíjase mucho de vivir en pueblos libres, aunque carezcan del esplendor y del poder alemán, obscurecidos por estas espesas sombras: el socialismo, el cesarismo, el pretorianismo. Dejemos los germanos, pues tienen bastante sarna que rascar, y á otros pueblos.

II

Los más próximos á Prusia son los austriacos y los moscovitas: gente numerosa, pero á la cual no podemos llamar pueblo, porque les falta en lo interno el alma una y en lo externo la unidad orgánica. ¿Recordáis esas especies inferiores, en las cuales con facilidad asombrosa de un solo individuo pueden extraerse otros varios á él idénticos? Llaman los naturalistas contemporáneos á esta especie de organismo la segmentación. Y recuerdo yo con frecuencia cómo allá, en los largos estíos levantinos, cuando nos bañábamos de muchachos, en remansillo muy oculto entre cañaverales y adelfas, al que le decían en la comarca, por su claridad de cristal veneciano y por su color de azul turquesa, «mira-cielo,» si cogíamos en el puño tales insectos acuáticos, al calor de la mano se dividían en tres ó cuatro y tomaban diversas direcciones en rápido movimiento. Pues así pasa con los moscovitas y con los austriacos. Son pueblos, pero pueblos por segmentación. Hay con Austria los bohemios, los galitzios, los transylvanos, los dálmatas, los ilirios, los tiroleses, los magyares, los alemanes, los trentinos, que forman bajo un solio imperial familias enemigas enfrascadas en eternos y cruentísimos combates; cual hay con Rusia los escandinavos, los daneses, los polacos, los armenios, los mongoles, los turcos, los turcomanes, que forman familias incapaces de someterse á la unidad imperial y de convivir so la sombra de un solo Estado como á ello no los compela é impulse con su látigo la feroz autocracia moscovita. No se abre, por tanto, un diario de Austria sin ver en él complicados litigios entre sus mal avenidos pueblos; como no se abre un diario moscovita sin leer en él nuevos ensanches, ó sean conquistas nuevas de la vieja Mongolia. En vano el hábil Taafe propugna con empeño por meter bajo el anillo de la corona imperial de Carlos V á todas las razas que constituyen el imperio, es decir, la unidad exterior, pero sin haber constituído la interior unidad que anima las nacionalidades. Cada día las diferencias entre todos estos pueblos se agravan más y se ahondan. El diputado cheque Vasaty ha dirigido graves cargos al Austria diciendo como no debe temer cosa ninguna de Rusia, que le ayudó el 48 á salvarse; mientras lo debe temer todo de Prusia, que la expulsó del hogar alemán y se quedó con Alsacia y con Lorena después de haber atado el imperio hapsburgo á la cola de su caballo en Sadowa. El diputado Gregr, con mayor acerbidad todavía, le ha dicho al Austria cómo su región, Bohemia, lleva ciento cuarenta y ocho millones de florines al tesoro imperial, de los cuales únicamente le devuelve por su administración sesenta, quedándose con todos los demás tan por extremo cuantiosos, exclusivamente para su propio provecho. «Si, añadió, cuando Bohemia, por el impulso de Hungría y otras naciones arrastrada y del temor universal á las amenazas de los turcos aquejadísima en la mitad primera del siglo XVI dió su cetro áureo al español Carlos V, presintiera esto, no entrara con tanta facilidad en aquel Estado enorme, ni perdiera su irreparable independencia.» Con tales ideas, dichas y divulgadas á cada paso entre los pueblos confederados con el Austria por boca de sus primeros oradores, no deben maravillarnos las muchas tendencias de separación latentes en sus senos y determinativas de un extraordinario movimiento político que daña mucho á todos los devotos de la unidad imperial. En Rusia no se notan estas tendencias, porque Rusia se halla en ese período colectivista de confusa indeterminación, á cuyos senos intentan los comunistas contemporáneos retornarnos en sus mentidas teorías de progreso, cual si pudiese haber adelanto ninguno fuera de la libertad. Y así como en Austria existe un eslavismo separatista, existe un panslavismo absorbente y colectivista en Rusia. El representante quizás último del occidentalismo ha muerto en estos días, olvidado hace mucho tiempo de todos, cuando cuatro lustros atrás todos le consultaban. Hablo del príncipe Constantino. Conócense por occidentales en Rusia, como indica el nombre, todos los partidarios de las instituciones en los pueblos del ocaso predominantes, todos los partidarios de las instituciones liberales y parlamentarias. Hijo segundo del gran duque muerto de un déspota como Nicolás I, tan parecido á nuestro rey del Escorial en sus grandezas siniestras y sombrías, disonaba de su padre augusto por las ideas, como quiere la tradición que disonara el príncipe D. Carlos de D. Felipe II. Bien es verdad que también disonaba el heredero, Alejandro II, el gran libertador de los siervos, quien hubiera completado esta reforma con el régimen constitucional, á no habérselo impedido el carácter muy rebelde por un lado de la nobleza histórica y por otro lado la supersticiosa fidelidad del mujich ó campesino ruso á su grande y secular autocracia. Pero en las tendencias liberales de Alejandro II predominaba una especie de humanitarismo religioso, muy semejante á las místicas vaguedades y á las ideas utópicas del theurgo Alejandro I, fundador de la Santa Alianza puesta bajo el patrocinio de la Santísima Trinidad, mientras predominaba en Alejandro II un liberalismo y un parlamentarismo á la sajona, como en cualquier lord inglés ó en cualquier doctrinario de Francia. Dicen las gentes que hubiese andado mucho camino, á no interceptarlo primero la exageración de los nihilistas y después la muerte violenta de su hermano Alejandro II. Tras este gravísimo hecho y aquel trascendente fenómeno sobrevino un emperador muy reaccionario, como Alejandro III, pero también muy práctico, y por práctico, separado de toda tendencia liberal, que cree incompatible con la naturaleza y la historia de los moscovitas, así como tenacísimo en seguir los adelantos territoriales por el espacio único donde pueden hoy emprenderse, por el espacio de Oriente.

III

Hablemos de otros asuntos más propios del carácter literario de nuestras Murmuraciones; hablemos de las fiestas religiosas en marzo, que vienen á ser San José y la Anunciación, aquélla el diez y nueve y ésta el veinticinco. Ana y Joaquín habían provisto á la tranquilidad completa de María, prometiéndola desde su niñez á un artesano de muy buenas condiciones y de una santidad natural. Con este motivo parece bien un estudio de las costumbres y de las leyes nupciales en tiempo de los vírgenes y santísimos esposos María y José. Por tres fases pasaban las bodas en los días y en los pueblos de aquella edad y de aquel país. Primero se prometían los novios, después se desposaban, por último se casaban. La promesa indicó solamente allí la mutua propensión de los novios. Festejar le llaman á esto en unas provincias españolas, festear en otras; arrullos de verdaderos enamorados, entrevistas gozosas, llenas todas á una de ilusiones y esperanzas. Las jóvenes prometidas de cualquier aldea ó pueblo daban al viento su cabellera en ciertos días del año; vestíanse de blanco, y danzando por las viñas en flor, cantaban severos epitalamios, cuyos acentos conjuraban á sus novios para que atendiesen ellos, no tanto á la belleza y á la gracia femeniles como á los informes recibidos de sus familias, pues la gracia y la hermosura se van y la virtud queda; como que sólo recibirá perpetuas alabanzas la mujer temerosa de Dios. Los desposorios venían luego. Acto de la mayor importancia, siquier no fuese la posesión definitiva ni el matrimonio acabado. Como antes los novios tan sólo cambiaran promesas, en este minuto se daban mutua palabra de matrimonio. Entre los desposorios y la boda pasaban doce meses; pero la palabra unía en tales términos á los desposados, que si la novia faltaba por cualquier motivo, lapidábanla como á las adúlteras. Un largo procedimiento civil precedía en aquel tiempo al definitivo arreglo. Los tratos y contratos duraban mucho. El matrimonio era una compra de la mujer por el hombre. Los hermanos del novio rega-

teaban como en cualquier simple mercadeo el precio á dar por la novia y el número de los regalos. El padre concluía por fijar la tasa de tal venta, pedida por su futuro yerno. Este se hallaba en el caso de admitir ó rehusar. Una vez admitida pagaba ó en dineros, ó en especies, ó en servicios. Yerno recuerda la Biblia que se vendió por esclavo del suegro. Verificábanse los desposorios reuniéndose las dos familias con testigos extraños y mandando el desposado, bien á la desposada, bien á su padre, si la desposada no había salido de la menor edad, anillos de oro, joyas de precio, palabras y promesas de honor, lo cual, en tales términos y con tantos vínculos estrechos lo unía y ligaba con su prometida, que se consideraban ya como casados; pues la muerte solamente podía romper é invalidar aquel trato, prólogo de una boda remitida para un año más tarde, á fin de que tuviese la novia tiempo de reunir su ajuar y de coser sus galas. Durante aquel año, posterior á la promesa y anterior al matrimonio, las leyes hebreas cuidaban del desposado con tal solicitud, que no podían alcanzarlo de ningún modo las levas para el ejército, y se le prohibía terminantemente pasar por ningún cementerio ni asistir á ningún entierro, á fin de que su corazón sólo se abriese al más puro y más intenso y más exaltado regocijo. La edad para contraer matrimonio era, el mínimum se entiende, de doce años en la novia, de diez y ocho en el novio. La boda se concluía siempre al crepúsculo vespertino, cuando acababa el sol de transponer los cielos y sólo se veían arreboles comparables al rubor encendido en las mejillas de una virgen. Los parientes, siquier fuesen lejanos, acudían casa de la novia para conducirla en procesión al hogar, donde la esperaba el novio. Como á los entierros iban plañideras encargadas de producir endechas y elegías, á las bodas iban comadres regocijadísimas encargadas de producir epitalamios. Las doncellas, vestidas de blanco, con coronas de mirtos adornadas, llevando en las manos lampadarios alimentados por aceites y resinas, rodeaban á la muchacha objeto de tal fiesta, que lucía una diadema en sus sienes y brillaba por sus arreos y por sus adornos entre todas y sobre todas, acompañadas de orquestas, á cuyas cadencias bailaban parejas de ambos sexos en danzas concertadísimas y alegres, muy semejantes á las usadas hoy en todos los pueblos españoles, donde han dejado recuerdos vivos las razas semíticas. Tras esta procesión había una cena, donde parecía cosa de rúbrica regocijarse hasta la demencia, pero sin caer en la embriaguez. Los viejos no estaban exentos del universal regocijo, y á veces en sus alegrías y transportes superaban á los jóvenes. Como todas estas disposiciones se hallaban á una en la tradición rabínica, en los libros de las leyes, en la Biblia y en el Talmud, todas estas disposiciones debieron observarse por natural razón en familias de suyo tan escrupulosas y observantes como la familia de María. Mas debemos fijar el pensamiento sobre esta particularidad, muy digna de meditarse; es á saber: que no tenía carácter ninguno religioso entonces el matrimonio judío. Al templo no se acude para cosa ninguna. El sacerdote no aparece. Hay allí un contrato civil más que una ceremonia litúrgica. La bendición proviene del padre, no del sacerdote. La escritura y el notario sustituyen á lo que podríamos llamar por la presencia de personas consagradas el sacramento. Moisés no había prescrito nada respecto á la intervención sacerdotal en este acto de unirse públicamente los cónyuges; y Esdras, al refundir los sacros libros, había repetido el silencio de Moisés. Todo cuanto se hacía estaba consagrado en las tradiciones rabínicas, pero no gozaba de ninguna otra especial autoridad. Los profetas y demás escritores, á quienes debemos asenso, nos hablan del matrimonio judío en términos que vienen á corroborar todas las afirmaciones nuestras. San Mateo, en su apólogo de las vírgenes fatuas y de las vírgenes prudentes, háblanos del acompañamiento usual en las bodas y de las lámparas encendidas por las muchachas doncellas en el acompañamiento y procesión de los esposos. Isaías, para encarecer cuánto ama en su gozarón á Jehová, dice: «Por gran manera se gozará mi espíritu en su Dios, porque me vistió con vestiduras de salud, me abrigó con la capa de su justicia, y como á novio me atavió, y como á novia compuesta, con sus joyas.» Salomón habla en los términos siguientes: «¿Quién es aquesta que sube del desierto como columnita de humo zahumada de mirra y de incienso y de otros cien aromas? El rey Salomón se talló un tálamo nupcial en madera del Líbano, con columnas de plata, fondo de oro, cielo de grana, recamado con labores epitalámicas por las doncellas de Jerusalén.» Y Jeremías dice: «¿Olvídase la doncella de su atavío y la desposada de sus sartales? Pues el pueblo mío hase olvidado de mí por días que no tienen número.» Y Ezequiel compara Jerusalén, la ciudad santa, con una novia y le dice: «Y te lavé con agua; y la lavé tu sangre de encima; y te ungí con aceite; y te vestí de bordado; y te abrigué con pieles de tejón; y te adorné con linos y sedas; y comiste flor de harina de trigo, y mieles, y aceite; y fuiste por extremo hermoseada de mí hasta reinar.» Y el célebre libro de Ruth confirma todo cuanto hemos dicho cuando refiere cómo Boor la tomó por esposa con sólo darle algunas prendas en señal de compra y traer como testigos de su contrato á dos ancianos de Israel. No se procedía de otra suerte allá en la centuria primera del Cristianismo, y como no se procedía de otra suerte, con tales y tan viejas ceremonias y usos debieron casarse María y José. Pero esta revista va prolongándose mucho y conviene poner aquí su punto final. Hasta otra quincena.

Madrid, 28 de marzo de 1892

LA GRAN GUERRA DE 1892

UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

BATALLA DE MACHAULT

GRAN VICTORIA DE LOS ALEMANES

(De nuestro corresponsal particular.)

Dricourt, 11 *mayo*

Los artilleros habían emprendido la marcha mucho antes de amanecer, y yo fuí con ellos. Comenzaba á rayar el día cuando llegamos á la cumbre de la colina que marca nuestro frente, y aún podíamos ver señales de los fuegos del vivac, que ardían en una línea casi paralela, á dos ó tres mil metros delante de nosotros.

Nuestra posición mira al NNO. por SSE.; de modo que tendremos otra vez el sol á la espalda; algunos de nuestros cañones se hallan atrincherados, y observo que los intervalos entre ellos son más anchos que de costumbre, sin duda para precaverse mejor de los efectos de las bombas.

Todo cuanto sé de nuestra posición estratégica es que tenemos un cuerpo de ejército en cada flanco, y dos situados á respetable distancia uno de otro.

. . . .

Vouziers, 12 *mayo*

He debido interrumpir mi último telegrama carta á causa del repentino desarrollo de los acontecimientos: acababa de escribir la última línea del mismo, cuando el primer cañón ha hecho fuego, diez minutos antes de amanecer, y por espacio de una hora la artillería ha tronado estrepitosamente. Los franceses hacen buena puntería, pero el sol les da en la cara impidiéndoles ver bien.

He tenido tiempo y suficiente luz para examinarlo todo á mi alrededor: nuestras tropas estaban bien á cubierto á unas dos mil varas á retaguardia, formadas y esperando. Del enemigo no podía ver sino los cañones, y cuando el sol estuvo á bastante altura fué fácil distinguir la línea de un atrincheramiento junto á una pendiente.

Cerca de la línea exterior de la zona donde los cascos de las bombas que reventaban habían comenzado á ser peligrosos, dióse la señal de avanzar al galope, y las diez y ocho baterías se precipitaron hacia adelante en magnífica formación. Nuestros cañones redoblaron su fuego, cubriendo de humo el frente del enemigo, y después cesó algunos instantes para permitir el paso de otras fuerzas; mas apenas estas últimas ocuparon su posición, los cañones siguieron tronando, hasta que se vió que el enemigo se disponía á estrechar las distancias. El movimiento practicado por los nuestros les colocó á mil varas de la infantería avanzada de los franceses, de los cuales vimos caer muchos.

Al cabo de quince minutos ó menos pudo reconocerse el efecto de nuestras diez y ocho baterías: para los artilleros franceses la destrucción era segura si persistían en mantenerse en la misma posición, y así se comprende que les viéramos muy pronto abandonar el terreno: todo el fuego de nuestras sesenta baterías se dirigió contra la infantería francesa, que se vió en el más grave apuro. Para salir de la hondonada que había ocupado érale necesario franquear una pendiente, lo cual equivalía á comenzar la acción con una retirada; y por otra parte, si no se prestaba apoyo á la infantería ésta sería aniquilada. No quedaba más remedio que enviar tropas por la pendiente abajo para reforzar aquélla, y muy pronto las vimos en marcha. Entonces comenzó una repetición de la matanza de ayer.

Si hubiéramos sabido con seguridad lo que pasaba fuera de nuestra vista, nos habríamos dado por contentos con dejar al enemigo desangrarse en sus vanos esfuerzos; pero solamente podíamos sospechar que haría avanzar apresuradamente sus fuerzas de todas armas, y nosotros debíamos destruir lo más pronto posible cuanto se nos pusiese por delante.

Nuestra infantería avanzaba ahora rápidamente; el primer regimiento tenía dos batallones en primera línea y uno para apoyarlos.

Las filas bajaron por la pendiente á la distancia de quinientos pasos unas de otras, y cuando la primera llegó á los puntos avanzados, la última se precipitó hacia adelante para ganar la hondonada y protegerse un poco en la base de la pendiente. Nuestros artilleros dirigieron entonces su fuego durante algunos momentos contra la trinchera del enemigo, disparando balas explosivas, y poco después las fuerzas que estaban en la depresión del terreno, lanzáronse denodadamente para dar un ataque á la bayoneta. Entonces llegó el turno á los franceses, que vieron al punto una oportunidad de alcanzar alguna ventaja. Nuestro rápido avance impidió á los artilleros servirse de sus cañones, y los franceses, no teniendo que luchar ya más que contra la infantería, atacaron vigorosamente.

La refriega fué encarnizada por ambas partes, y el fuego espantoso, cruzándose sobre nuestras cabezas una granizada de proyectiles; pero nuestras reservas se adelantaban ya, y las de los franceses que bajaban de la colina recibieron muchas balas que iban demasiado altas. Cinco minutos después, franceses y alemanes comenzaron á moverse con lentitud colina arriba, hasta que nuestra infantería llegó á la cumbre de ésta: entonces nuestra artillería montada, seguida de la caballería, marchó al galope para prestarle apoyo.

Durante algunos momentos no cambió en nada la posición, y el espectáculo que ofrecía el conjunto era por demás curioso.

El fuego debía haber sido en extremo inseguro por ambas partes, pues según los resultados prácticos que conocemos, treinta segundos habrían sido suficientes para el mutuo exterminio de aquellas fuerzas, y sin embargo, aunque cayeron algunos hombres, el resultado definitivo de las bajas fué relativamente pequeño.

Esto duró unos tres minutos, según me pareció, pues era imposible darse cuenta de la marcha del tiempo; pero de pronto, entre el estruendo de la fusilería oí el redoble de los tambores, y las tropas de refuerzo llegaron en buen orden para prestar auxilio. La vista de sus compactas filas produjo el mejor efecto, los franceses cedieron y nuestra línea de ataque avanzó al punto, pero solamente en el espacio de trescientas varas, pues otra vez los refuerzos del enemigo contuvieron el movimiento, y entonces la artillería francesa rompió el fuego contra nuestras filas, demostrándonos demasiado bien lo que es descender por una colina bajo la metralla del enemigo.

Sin embargo, nuestros artilleros llegaron muy pronto; mas antes de que pudieran tomar su posición sufrimos terribles pérdidas.

La línea de ataque de los franceses retrocedía ahora hacia la retaguardia, y su último refuerzo, una división intacta aún, hallábase á la distancia de unas quinientas varas, cuando vi pasar junto á mí dos oficiales de caballería, que observaron la posición de una ojeada y se retiraron después al galope.

Imaginé lo que iba á suceder, presumiendo que sería el golpe de muerte para el enemigo si no se perdía tiempo y se evitaba que la infantería francesa de refresco se uniera con la línea de ataque. Esta última no se hallaba más que á unas trescientas varas de las tropas que debían apoyarla, cuando vi que nuestro primer escuadrón pasaba galopando para bajar de la colina en columna; después se formó en línea y avanzó contra el flanco de los franceses, que

retrocedieron un poco para recibirle; pero abandonando el terreno en el último instante, corrieron hacia los refuerzos, y así fugitivos como perseguidores cayeron en medio de aquellas tropas. Siguió el segundo escuadrón, y después el tercero y el cuarto, llegando á ser la confusión indescriptible, pues por el mismo camino llegaron muchos más; mientras que por parte de los franceses acudió una división de caballería que avanzaba á través de la línea de cañones.

No teníamos mucho tiempo para prepararnos: el primer regimiento de la división que había llegado tomó parte en la carga contra la infantería, y esto fué suficiente, pues el enemigo comenzó á retroceder en masa, mientras que nuestros escuadrones formaban en línea para esperar á sus compañeros.

Apenas hubo acabado de formarse la primera división, avanzó contra el enemigo, que no se hallaba ahora á más de ochocientas varas de distancia; por ambas partes sufríase mucho á causa del fuego de la artillería y faltaba espacio para maniobrar. En su consecuencia dióse la orden de cargar al galope, y el choque tuvo lugar á lo largo de todo el frente. La refriega fué terrible y muy sangrienta; pero ya venía en nuestro auxilio otra brigada, y este refuerzo decidió la cuestión, pues entonces avanzóse resueltamente hacia los cañones enemigos. A los pocos momentos una multitud de más de seis mil jinetes huía en todas direcciones confusamente, atropellando por todo cuanto se ponía delante.

La batalla terminó con esto; se había atravesado la línea francesa, y las últimas reservas estaban diseminadas, mientras que nosotros teníamos todavía escuadrones é infantería que no habían tomado parte en el combate.



La gran guerra de 1892. – Toma de Vladivostock. Goorkhas protegiendo la artillería

RESULTADOS DE LA LUCHA

Es demasiado pronto para pronosticar cuál será el efecto de esta victoria en el curso futuro de la guerra; pero tal vez sea decisivo y sus resultados muy favorables, porque hemos introducido una cuña entre los ejércitos franceses, y estamos con cinco cuerpos de ejército en cada lado de ella, con otros tres en medio para apoyarse mutuamente. Será preciso que los franceses marchen contra nosotros por caminos laterales, en cuyo caso siempre podremos tratar de concentrarnos en la dirección Sud; y de todos modos, nuestra fuerza es moralmente doble por efecto de la victoria. Los franceses se han batido con gran valor; mas por segunda vez su imperfecta táctica los ha perdido, y hay que reconocer que en este punto son inferiores á sus adversarios. Su caballería es intrépida, pero no puede competir con la alemana en cuanto á la manera de maniobrar, y he aquí por qué fué derrotada, dando lugar esto á que la infantería cometiese torpezas que ningún valor humano podía remediar. No creo que los alemanes hayan sufrido considerables pérdidas, lo cual se debe sin duda á la oportunidad con que llegaron los refuerzos, táctica que no había sido nunca tan perfecta desde los días de Napoleón. No puedo formar lista de las pérdidas; pero en el último momento he sabido que nuestra caballería perdió ayer el veinte por ciento de su fuerza.

LA TOMA DE VLADIVOSTOCK

DETALLES DEL COMBATE

Un corresponsal de Hong-Kong nos telegrafía con fecha 18 de julio lo siguiente:

Todos se ocupan en discutir sobre lo que haremos con la Siberia oriental ahora que está en nuestro poder. La toma de Vladivostock fué tan repentina y al parecer tan fácil que se diría que el almirante Sir Frederick Richards y el general Barker quisieron disminuir la gloria á que se han hecho acreedores por su triunfo.

Sabido es que el primer batallón del regimiento Leinster, juntamente con otro del de Goorkhas, el 21 de tiradores de Bombay y dos baterías marcharon á Hong-Kong desde la India á principio de la guerra, agregándoseles allí mil hombres escogidos de Australia, que debían ponerse á las órdenes del almirante y del general en Hong-Kong.

El *Leander* y el *Mercurio* fueron enviados inmediatamente al Norte para practicar un reconocimiento, mientras que el resto de la escuadra permanecía en aquel punto, entendiéndose que se destacarían cruceros de las estaciones de la India oriental y de Australia para guardar Singapoore y los Estrechos.

Excepto dos buques que permanecieron en las aguas neutrales del Japón, sabíase que toda la escuadra rusa se había retirado á Vladivostock; y por varios telegramas supo el almirante que cuatro buques de la estación del Pacífico habían recibido orden de ir á Yokohama para ponerse á su disposición.

Muy difícil fué embarcar el armamento y los víveres necesarios en los vapores, á causa del intenso calor, pero no hubo tantos enfermos como se temía, sin duda porque las tropas pudieron estar muy holgadas á bordo. En menos de cinco semanas todos los preparativos quedaron terminados, y mientras el *Archer* y el *Swift* se quedaban á guardar Hong-Kong, por si acaso se presentaba algún crucero ruso, los trece buques restantes de la escuadra, al mando del almirante, que iba á bordo del *Imperioso*, se hicieron á la vela con rumbo á Vladivostock, llevando el armamento y víveres necesarios.

El puerto de este nombre es uno de los más hermosos que se conocen, hállase situado de Este á Oeste, y tiene unas dos millas de longitud en esta dirección, y media, poco más ó menos, de Norte á Sud; su profundidad es considerable, muy propia para anclar. La ciudad está en el ángulo noroeste del puerto, y éste se halla dominado en todas partes por alturas. La entrada inmediata en el puerto es un paso de milla y media de longitud por tres cuartos de anchura, y desemboca en el Oeste del puerto interior; está formada por una península de tres millas de longitud ó acaso más. La entrada en Vladivostock está protegida completamente por la gran isla de Kazakavitch, de cinco ó seis millas, y contiene el espacioso puerto de Novik-Bay. El canal que hay entre esta isla y la principal se estrecha gradualmente, pero tiene muchos sitios propios para anclar,

La gran guerra de 1892.—Nuestro corresponsal durante la batalla de Vaux-Champagne



La gran guerra de 1892. – Batalla de Machault: la caballería alemana cargando contra los franceses

sobre todo al Oeste, en la entrada que se forma entre la península de Shkota y la isla.

Sabido era que en los últimos años los rusos habían levantado baterías y abierto minas para guardar las inmediaciones de su puerto; y si no se pudiera emprender un ataque más que por mar, ningún punto estaría mejor defendido; pero según se reconoce ahora, todos son difíciles de defender cuando se atacan debidamente.

La flota necesitó diez días para trasladarse á Novik-Bay, y cerca de la isla de Korsakor agregáronsele cuatro buques más, procedentes del Pacífico. Poco después llegaron el *Leander* y el *Mercurio* para anunciar que una escasa guarnición, tal vez de ciento cincuenta hombres, custodiaba las dos baterías que protegían la entrada de Novik-Bay, pero que no se habían visto otras en la isla. Estos dos buques fueron perseguidos por otros dos que salieron de Vladivostock; pero cumpliendo con las órdenes que tenían, el *Leander* y el *Mercurio* rehusaron la acción, alejándose fácilmente.

Toda la flota permaneció fuera de la entrada de la bahía, mientras que quinientos hombres desembarcaron al Sud de la entrada, habiendo recibido orden de apoderarse de la batería del Sur con ayuda del fuego del *Leander* y del *Mercurio*, debiendo después dirigirse contra los cañones de la del Norte, también con el auxilio de dichos buques.

Esto fué fácil empresa: los rusos, sorprendidos por retaguardia y atacados de frente, huyeron al bosque antes de que todas nuestras tropas llegaran, mientras los que servían la batería del Norte, al ver lo que pasaba, hicieron uno ó dos disparos, clavaron sus ligeros cañones y retiráronse. Los cables subterráneos de las minas fueron descubiertos y cortados, y cuatro horas después toda la escuadra estaba cómodamente anclada en Novik-Bay. Los dos días siguientes se emplearon en los últimos preparativos de ataque. El jefe de la escuadra pasó con el general á bordo del *Alacrity* y recorrió la orilla del Oeste de la península de Shkota, atrayéndose los disparos de una pequeña batería situada en la extremidad Sud y de dos cañones que se hallaban á espaldas de la ciudad.

El tercer día se desplegó mucha actividad: los más de los botes de la escuadra estaban junto á los vapores, y en ellos se embarcaron más de tres mil soldados y las piezas de artillería. A los pocos minutos cinco ó seis buques de guerra hicieron fuego contra la pequeña batería situada en la extremidad del cabo Tokarofsky, que contestó muy débilmente, enarbolando á poco bandera blanca. Aquella batería constaba solamente de tres cañones pequeños, con veinte hombres; de modo que la resistencia habría sido inútil. El plan de ataque estaba muy bien combinado, y el desembarco se efectuó á lo largo de la orilla Oeste de la península de Shkota. A pesar de lo escabroso del terreno, los hombres arrastraron las piezas sin que se les opusiese resistencia, no siendo esto posible tampoco bajo el fuego de los buques.

Hay un pequeño valle á cierta distancia de la península, situado al Nordeste, que termina en el puerto por la extremidad Norte: suponíase que se encontraría allí resistencia; pero no se trataba de atravesar por él, sino mantenerse cerca de la orilla hasta que se pudiera flanquear la ciudad.

Después de comer, la vanguardia se puso en movimiento; mas apenas estuvo cerca de dicho valle, sufrió un nutrido fuego de fusilería y de cañón de un numeroso destacamento atrincherado allí. El general no se intimidó por esto; había enviado ya algunas piezas de artillería de montaña á la cumbre de la colina, á su derecha, y desde este punto rompióse un mortífero fuego contra los rusos, que no resistieron ni diez minutos. Nuestra artillería dominaba el puerto desde la altura, mientras que los buques se formaron en una larga línea para proteger á la columna que avanzaba.

Entonces el enemigo descubrió varias baterías, que cruzaron su fuego con el de la escuadra: los rusos, impávidos junto á sus cañones, demostraron mucho valor, causando grandes averías en algunos de nuestros buques; pero ninguna de las baterías contaba con obras defensivas suficientes; y cuando los artilleros vieron que la cabeza de nuestra columna avanzaba por la orilla, abandonaron sus cañones, retirándose hacia el Norte.

Temiendo nosotros que se hiciera alguna tentativa contra la posición que teníamos en la colina, enviamos un destacamento de los Goorkhas para reforzarla, y fué curioso espectáculo el que ofrecieron aquellos hombres corriendo á porfía para cumplir la orden.

Poco después el almirante recibió aviso de que los buques podrían hacer fuego contra el ejército ruso, dirigiendo sus tiros á la estación de señales; algunos de los buques estaban bien situados para esto, y cumpliendo con la orden del jefe, comenzaron á bombardear aquella estación hasta que al fin los rusos se vieron precisados á abandonarla.

A esto siguió el desembarco de más fuerzas detrás de la ciudad, y apenas se hubo dado la orden de avanzar, los rusos retrocedieron, pidiendo una tregua para tratar de las condiciones de la rendición.

Nuestras pérdidas eran escasas: un oficial del regimiento de Bombay y 42 hombres muertos, cinco oficiales y 142 individuos de tropa heridos. Las de los rusos fueron mucho mayores, pues contaban 67 muertos y 205 heridos. La habilidad con que se condujo el ataque, flanqueando las obras defensivas de los rusos, y el nutrido fuego de los buques de guerra, contribuyeron principalmente á tan admirable resultado.

(Continuará)

LAS ANTIGUAS FIGURAS DE BARRO

Antes, sólo se prestaba atención á las grandes estatuas, á los mármoles ó bronces preciosos del arte antiguo; ahora también son objeto de curiosidad en las salas de los museos las figuras de barro. Estas figuras, que descubren lo que fué el arte menudo, el arte *barato*, por decirlo así, de la antigüedad, han despertado simpatías: muchas personas se han aficionado á ellas; las figuras griegas son buscadas y se pagan crecidas sumas por poseerlas; la industria alemana las ha imitado primorosamente; casi no hay mediano conocedor ó aficionado que no sepa lo que es una figura de Tanagra.

Pero aunque las figuras griegas sean las preferidas por el atractivo que ofrecen desde el punto de vista del arte, en los museos se ven figuras egipcias, figuras caldeo asirias, figuras fenicias, figuras griegas, figuras romanas, y cada una de estas series tiene su especial interés arqueológico que importa dar á conocer hoy que esos objetos antiguos están *de moda* entre las personas de buen gusto.

Llama la atención que figuras tan frágiles hayan llegado hasta nuestros días en tal abundancia que llenan salas enteras de los museos. La explicación es sencilla: la mayor parte de esas figuras se han descubierto en las tumbas, como casi todos los objetos del mobiliario de los antiguos. Por temor de extendernos demasiado no apuntamos algunas ideas referentes á la predilección que los antiguos debieron dar al barro como materia apropiada para lo que podemos llamar mobiliario fúnebre, quizás porque en ello influyera la tradición de que el hombre había sido hecho de barro. Nos contentaremos con dar algunas indicaciones acerca de la significación que en su tiempo tuvieron tan diversas clases de figuras, prescindiendo por hoy de cuanto se refiere á sus caracteres artísticos y á su fabricación, pues de no hacerlo así traspasaríamos los límites de un artículo.

I

Los egiptólogos llaman *figuras funerarias* á las imágenes de las momias. Hay algunas de piedra, algunas de madera; pero las de barro se cuentan por millares. Alguien ha dudado que fuese barro su materia, y no ha faltado quien afirme que es bizcocho de porcelana ó loza. Ofrecen un esmalte ó barniz, en algunas muy vivo y reluciente, en otras opaco y de color verde, azul, amarillo ó rosa. Hay algunas de un barro bastante ordinario que están pintadas.

Representan á las momias amortajadas, es decir, envueltas ó fajadas según la costumbre egipcia, de tal modo que la mortaja sólo acusa las formas generales del cuerpo humano; llevan el tocado de tela denominado *claf*, cuyas ínfulas caen sobre el pecho; ostentan por lo general la larga perilla trenzada que se llama *barba osiriana;* tienen los brazos cruzados sobre el pecho, llevan en las manos instrumentos de labranza (una hoz ó un escardillo) y al hombro un cestito de los usados para guardar el grano. La significación de esos utensilios nos la da el capítulo CX del *Libro de los muertos* ó *Ritual funerario* de los egipcios, donde se nos representaba al difunto trabajando, sembrando y recolectando en los campos celestes.

Es muy frecuente que sobre el cuerpo de estas figuras esté trazada por medio de molde (grabada, en las de piedra) ó pintada una leyenda en caracteres jeroglíficos, la cual no es otra cosa que el capítulo VI del expresado *Libro de los muertos*, en el que se designa á las figuras con el nombre *uoshbiti* ó *shbiti*, que en lengua egipcia quiere decir *sustentantes* ó *respondientes*. Este nombre nos explica la significación que en las creencias egipcias tenían las figuras funerarias: ellas eran quienes debían responder por el difunto cuantas veces fuera llamado á juicio por el dios Osiris, y ellas sustentaban, guardaban, una parte del alma humana que quedaba en la tumba. Porque es de saber que los egipcios suponían al alma compuesta de dos elementos, uno la inteligencia *(Khu)* y otra el espíritu *(Ba)*; éste, una vez desligada el alma del cuerpo por la muerte, iba á las regiones de ultratumba para presentarse al juicio, y aquélla quedaba en la tumba y por consecuencia había menester de una imagen del difunto que la contuviera, pues el cuerpo, aun momificado, podía deshacerse ó ser profanado y sus miembros esparcidos.

Tan extraño concepto del alma fué la razón de ser de aquellas estatuas, retratos fieles de los difuntos, llamadas los *dobles*, que se han hallado en las tumbas del antiguo imperio ó imperio menfita, y que más tarde fueron sustituídas por las figuras funerarias.

A la misma creencia se refiere la fórmula *Iluminación del Osiris tal* (es de advertir que todo muerto recibía el nombre de *Osiris*, que quiere decir hombre bueno), que suele leerse en las figuras, ú otra fórmula equivalente. Pero donde más claramente resalta la significación de las figuras religiosas es en los conjuros dirigidos á ellas mismas para que acudiesen en ayuda del difunto. Véase un ejemplo: «¡Oh respondiente de Ahmos!, si Ahmos es llamado para trabajar en el infierno, grita: ¡Heme aquí!» Cree Masperó que esta idea se desenvolvió hasta el punto de convertirse en una oración bastante larga, que es el capítulo VI del *Libro de los muertos* y que se ve grabada con mucha frecuencia en las figuras. Véase un ejemplo de la oración: «¡Oh respondiente!, si se llama, si se nombra al nomarca Phtahmos, para que haga el trabajo que ha de hacer en el otro mundo – él que ha combatido al enemigo – como un hombre que debe servidumbre, para sembrar los campos, para llenar las canales, para transportar los granos del Este al Oeste: *¡Soy yo, heme aquí!*, exclamad vosotros, y puede ser llamado á toda hora en el curso de cada día.»

Los parientes, deudos y amigos de cada persona acostumbraban á depositar por vía de sufragio *figuras* funerarias en las tumbas; y para que dichas figuras cumplieran mejor su cometido, las depositaban en gran número, á veces por millares, con las momias, fuera del sarcófago y apoyadas en éste, repartidas por el suelo, etc., etc. Solían ponerlas dentro de cajitas pintadas en forma de ataúd, de tumba, de naos ó de pilón. Como queda indicado, en sus comienzos las figuras fueron una degeneración de las estatuas del *doble*. Las figuras más antiguas corresponden á tiempos anteriores á la dinastía XVIII y son de madera, granito, caliza ó alabastro. Bajo la dinastía XVIII comenzaron á aparecer las figuras de barro cocido esmaltadas de azul, que preponderaron, llegando á ser casi únicas en la dinastía XXVI. En las últimas épocas, su identificación con las formas de la momia llegó á ser completa.

No siempre se fabricaban las figuras funerarias para una persona determinada. Los vendedores las tenían preparadas, con el nombre del difunto en blanco para escribirlo cuando las vendían; por esta razón algunas figuras llevan escrito el nombre con tinta. Los egiptólogos han recogido de la *figuras funerarias* numerosos nombres propios, muchos de personajes históricos, y títulos de diversos cargos públicos.

II

En los arruinados monumentos de la Caldea y de la Asiria se han encontrado figuras de barro que estaban intencionalmente escondidas bajo los pavimentos, en los cimientos y en el grueso de los muros, ocupando unos senos ó huecos practicados al efecto. Los arqueólogos han podido averiguar que esas figuras hacían allí oficio de talismanes para conjurar las malas influencias de los poderes infernales.

Además, en Asiria persistió la costumbre de colocar en las sepulturas figuras de barro, si bien éstas no eran como en Egipto unas imágenes de los difuntos, sino de divinidades que debían conjurar la hostilidad de los poderes subterráneos.

Las figuras caldeas y asirias estaban modeladas en barro, que rara vez está cubierto de esmalte azul á imitación de las egipcias.

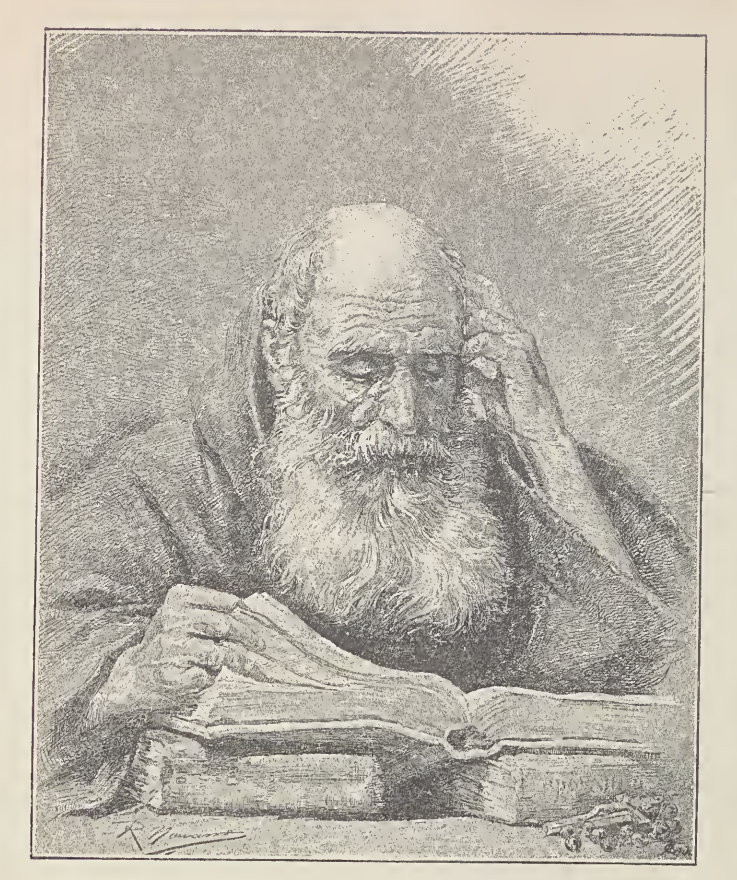
Los fenicios, gente tan dada á imitar los productos egipcios y caldeo-asirios, para importarlos, fabricaron figuras de barro en gran abundancia. Estas figuras, de las cuales posee el museo de Louvre una colección numerosísima, se han descubierto casi todas en antiguas necrópolis, lo cual prueba su destino funerario.

Tampoco estas figuras representan á los difuntos, pues esta particularidad sólo correspondió al Egipto, donde como hemos visto hubieron de exigirlo así las creencias religiosas. Las figuras fenicias como las caldeo-asirias representan casi siempre divinidades.

Entre éstas, las más repetidas son la Astarté ó Venus fenicia, cuyo culto tuvo en Chipre tan conocida preponderancia, y los Cabiros, de figura contrahecha.

Aunque el pensamiento que presidiera á la colocación de las figuras de barro no fuera exactamente el mismo en Egipto y en Oriente, puede conjeturarse que el origen de esta costumbre fuera egipcio. Esa misma virtud talismánica que tenía en Oriente, no diremos el barro, pero sí las figuras de barro, la encontramos ya en Egipto. La mayor parte de los numerosísimos amuletos egipcios que se conocen son de barro ó pasta cerámica esmaltada, como ya se ha dicho; y estos amuletos fueron imitados por los fenicios, gente que tenía de supersticiosa tanto como de descreída, á lo cual debió contribuir mucho su condición de traficantes y de navegantes. En casi todas las comarcas en que ellos mantuvieron comercio, se han hallado de esos amuletos que son imitaciones ó falsificaciones fenicias de los amuletos egipcios.

En toda la antigüedad, desde los tiempos protohistóricos dominó á los mortales la idea de no dejar solos en las tumbas los restos humanos; los antiguos tuvieron siempre horror invencible á la soledad de la tumba; por eso procuraron que el lugar de la sepultura fuera una cámara semejante á la habitación de los vivos; por eso rodearon al cadáver de los muebles ó utensilios que usara, de los vasos en que á título de ofrenda á los dioses le dejaban manjares diversos, y por eso, en fin, como si todo esto no bastara, prodigaban dentro y fuera del sarcófago amuletos é imágenes sagradas que sirvieran de compañía y que dispensaran poderosa protección.



EL ANACORETA, estudio de D. Román Navarro

III

Los griegos siguieron en este punto las mismas ideas y las mismas costumbres que los orientales. En las antiguas necrópolis de la isla de Rodas se ha observado el hecho constante de que en cada tumba hay unos ídolos funerarios, imágenes de divinidades, guardianes y compañeros de los muertos. Los helenos, como los demás pueblos antiguos, creían en la inmortalidad del alma; las opiniones contrarias de algunos filósofos no tuvieron fuerza para desvanecer ó amortiguar esa creencia. Creían que la vida no cesaba bruscamente con la muerte, sino que continuaba en la tumba, de un modo obscuro, ignorado, pero con todas las necesidades, con todos los placeres, con todos los deseos propios de la humanidad. Por virtud de una creencia de época posterior los vivos se figuraron á todas las almas de los muertos reunidas en una región subterránea, más vasta que la tumba, en el Hades, donde la vida venía á ser una repetición de la existencia terrena. Estas son las razones de por qué los griegos, en un tiempo, depositaron en las tumbas vino, bollos, leche, etc., y en ciertos aniversarios celebraban banquetes fúnebres á los que venía invisiblemente á tomar parte la sombra del muerto; por qué enterraban con éste sus armas, sus instrumentos de gimnasia, sus espejos, agujas y botecillos de perfumes, lo necesario y lo superfluo de la vida juntamente; por qué enterraban también sus caballos y sus perros, y en los tiempos primitivos se inmolaba á los esclavos que le sirvieran y á una hermosa cautiva para que endulzaran su soledad.

Pero esta costumbre bárbara, este rito cruento, dulcificadas las costumbres con la cultura, vino á sustituirse con un remedo, consistente en depositar en la tumba, en vez de las víctimas, meros simulacros, es decir, figuras de barro.

Es antiguo ya en la humanidad eso de conservar los ritos como tradición y practicarlos por medio de fórmulas ó remedos. No debe, pues, extrañar que los griegos y á su imitación los romanos se fiaran en la credulidad ó benevolencia de los difuntos y de los dioses, al sustituir los seres vivos con sus imágenes; y por si algún escrupuloso de entonces tuviera reparo, la mitología misma le ofrecía ejemplos patentes de esos fraudes entre los dioses, como aquel de Gea, mencionado por Hesiodo en la Teogonía, cuya diosa hacía tragar á Kronos piedras envueltas en mantillas, haciéndole creer que eran sus propios hijos.

Soldi da idea cabal de cómo se colocaban las figuras en el interior de las cámaras sepulcrales griegas. Dice que se hallan tres figuras por lo común dentro de cada tumba: una á la izquierda de la cabeza del difunto y otra á la altura de sus manos. Fuera se encuentran frecuentemente hasta veinte estatuillas semejantes, colocadas en rededor del sepulcro y encima de la tapa; estando estas figuras descoloridas á causa de la humedad, al contrario de las colocadas en el interior, las cuales conservan los colores brillantes, frescos y con toda su delicadeza.

En Tanagra, ese centro privilegiado de la fabricación de figuras de barro, éstas estaban en las tumbas colocadas sin orden: sin duda fueron arrojadas al azar en los huecos que quedaban entre las paredes de la fosa y el cadáver; muchas se habían roto al caer y otras debieron ser rotas de intento para que no excitaran la codicia de algún profanador. Por esta razón son muy contadas las figuras de Tanagra que se hallan enteras; tanto, que el estarlo suele ser mala

REGIMIENTO DE CAZADORES EN MARCHA, dibujo de D. Román Navarro



Pedestal del proyecto para un monumento á la rendición de Granada y al descubrimiento de América, esculpido por D. Antonio Susillo

CARA DEL PEDESTAL QUE REPRESENTA LA RENDICIÓN DE GRANADA



Pedestal del proyecto para un monumento á la rendición de Granada y al descubrimiento de América, esculpido por D. Antonio Susillo

CARA DEL PEDESTAL QUE REPRESENTA EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

recomendación de su autenticidad, pues diremos de paso que estas figuras se falsifican.

Los arqueólogos traen una controversia acerca de las figuras griegas de barro; hay dos opiniones representadas por dos sabios competentes. Heuzey entiende que todas las figuras representan divinidades, personajes de las leyendas homéricas. Rayet conviene con Heuzey en que las figuras halladas en sepulturas correspondientes al período arcaico son siempre divinidades, pero cree que después sólo fueron tipos de género. Rayet aduce como prueba un fenómeno significativo observado en Tanagra, y es: que hay un paréntesis, por decirlo así, desde el siglo IV hasta uno ó dos siglos después, en el cual casi desaparece la costumbre de depositar figuras en las tumbas; y este hecho le explica diciendo que las figuras de divinidades responden á la fe profunda del tiempo de las guerras Médicas, y las figuras que representan tipos de género responden al escepticismo de la época alejandrina, á las costumbres ligeras del siglo de los lacedemonios. Sin embargo, la opinión de Heuzey tiene mucha fuerza.

No sólo como agasajo fúnebre emplearon los antiguos las figuritas de barro con carácter de ofrenda; también las consagraron á los dioses. Las doncellas griegas acostumbraban la víspera de su casamiento consagrar sus juguetes á Venus ó á Diana; y que entre esos juguetes hacían gran papel las figuras de barro, lo comprueba un epigrama de la Antología griega, el cual dice: «Timaretes antes de su casamiento consagra á Artemisa Lymneta su tambor, su globo querido y la redecilla que encerraba sus cabellos. Ella, virgen, consagra asimismo á la diosa vírgen sus muñecas, vírgenes también, y los trajes de sus muñecas. ¡Oh, hija de Latona, extiende tu mano sobre la joven Timaretes, y que esta piadosa niña sea piadosamente protegida por ti!» Y adviértase un detalle curioso: las niñas griegas vestían las muñecas de barro con piernas y brazos movibles, ni más ni menos que las niñas del día visten y adornan las muñecas de cartón ó madera. Entre las desposadas romanas existió también la costumbre de ofrecer á los dioses las muñecas *(pupae)* y los demás juguetes compañeros de su infancia. Además, no ya como ofrenda, sino como exvoto, se emplearon también muchísimo en la antigüedad las figuras de barro.

Hay algunas figuras que demuestran el empleo que tuvieran: son muñecas que tuvieron brazos y piernas movibles, pues subsisten en el tronco los agujeros que sirvieron para suspender aquellos miembros. El arqueólogo alemán Becker ha demostrado que fué muy común fabricar los juguetes de barro, porque así podían estar al alcance de todas las fortunas.

Según Otto Luders, las figuritas de barro sirvieron en su origen para embellecer las habitaciones. De aquí se deduce que había objetos de barro de juego y de adorno, muy propios por tanto para regalo. Se sabe efectivamente que en Roma era costumbre tradicional el hacerse las familias mutuos regalos en dos épocas del año, empleándose para tal objeto figuritas de barro. Eran esas dos épocas la fiesta de primero de año ó *Strenae*, que se supone originaria del reinado de Tacio, y las denominadas *Sigillaritia*, nombre tomado de la costumbre misma á que nos referimos (como el de *sigilares* los modeladores romanos de *terras-cottas)*, fiestas que se efectuaban en el período consagrado á las Saturnales.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — El día 12 de marzo último se inauguró en Munich un monumento que en honor del ejército se ha erigido en el arco central de la llamada Galería de los generales que se alza al final de la hermosa calle de Luis, orgullo de la capital bávara. Este monumento, con el cual ha querido el príncipe regente Leopoldo conmemorar, no sólo las glorias de 1870-1871 sino la lealtad y bravura en todo tiempo demostradas por los ejércitos de Baviera, se compone de un zócalo de granito rojo y de un grupo de bronce de nueve metros de altura que representa á un guerrero de la antigüedad tremolando con una mano la bandera de la victoria y protegiendo con su escudo á una matrona á cuyos pies está tendido un león, y que ha sido modelado por el célebre escultor Fernando Miller.

— A imitación de lo que sucedió con el Salón de París, los artistas de Dusseldorf, que hasta ahora habían acudido juntos á la Exposición de marzo, se han separado este año organizando dos exposiciones que se inauguraron el día 6 del mes próximo pasado. Hase dicho que esta separación significaba el antagonismo entre las escuelas pictóricas antigua y moderna de aquella ciudad; pero lo que realmente separa á estos dos certámenes es lo siguiente: en el que se celebra en la Galería de Bellas Artes ha presidido un criterio más amplio en la admisión de obras, al paso que en el otro, instalado en el Salón de Schulte, se ha procedido en este punto con extremado rigor, razón por la cual resulta mucho más notable.

— El famoso pintor Meissonier, que era riquísimo, dejó á su muerte, además del hermoso palacio del Boulevard de Malesherbes y de la quinta de Poissy, un considerable número de obras de arte, cuadros, estudios y croquis que representan una verdadera fortuna, estimada en el inventario en 1.200.000 francos, contándose entre ellos el famoso cuadro *Attente* legado al Museo del Louvre, el *Grabador al agua fuerte* y la *Madonna del bacio*. A setecientos ascienden los óleos y acuarelas que constituyen su herencia, en la que se cuentan también tres figuras de cera que sirvieron al ilustre artista para algunos de sus más celebrados cuadros.

Entre la viuda de Meissonier y sus dos hijos surgieron desavenencias respecto del cumplimiento de las disposiciones testamentarias: pretendía la primera que, á excepción de algunos cuadros y objetos que deben tener destino especial, se vendieran los restantes para que su producto fuese distribuído según las prácticas legales, al paso que los hijos querían que se hicieran lotes equivalentes á las partes interesadas y se repartieran por sorteo. Los tribunales de París han desestimado las pretensiones de la viuda y dado, por consiguiente, la razón á los hijos.

— En los días 5, 6 y 7 de junio se celebrará en Colonia una gran fiesta musical, en la que se podrá estudiar el desenvolvimiento musical durante el presente siglo: en el primer día, consagrado á Alemania, se ejecutarán la obertura *Curyanthen* de Weber, el *Salmo* 114 de Mendelshon, la *Sinfonía en re bemol* de Schumann, el *Canto de la Victoria* de Brahms, la escena final del *Crepúsculo de los dioses* de Wagner y la *Novena sinfonía* de Beethoven; en el segundo, dedicado á Italia y á Francia, la obertura *Anacreonte* de *Cherubini*, el *Requiem* de Verdi y la sinfonía *Romeo* de Berlioz. El programa del tercero y último día será sumamente variado, figurando en él la *Obertura concierto* de Hiller, *Bella Elena* de Max Bruch, *Muerte y Glorificación* de Ricardo Strauss, la obertura *Leonor* de Beethoven, la *Marcha imperial* de Wagner y otras composiciones de Rubinstein, Lalo, Liszt y Raff. Entre los solistas contratados para estos conciertos está el eminente Sarasate.

— Los artistas alemanes se preparan con gran entusiasmo á concurrir á la Exposición de Chicago; sólo en Nuremberg se han suscrito 85 para constituir una instalación colectiva nuremberguesa.

— El célebre pintor húngaro Miguel Munkacsy se ocupa actualmente en trazar los estudios y croquis de un cuadro de grandes dimensiones (14 metros de largo por 8 de alto) destinado á adornar el salón de sesiones del nuevo edificio que en Budapest se está construyendo para el Parlamento húngaro y que será indudablemente la obra más monumental y más importante desde el punto de vista artístico de la capital magiar. El asunto del cuadro es la *toma de posesión de Hungría por el gran Arpad* (á fines del siglo VIII de nuestra era). Munkacsy, á quien este asunto entusiasmó desde luego, permaneció una larga temporada en Budapest, estudiando en el Museo nacional armas y trajes, y con croquis de unos y otros y de tipos y paisajes magiares regresó á París, en donde reside, viéndose obligado á tomar un taller especial, pues dadas las dimensiones del cuadro resultaba insuficiente el que posee en la avenida de Villiers, que es una de las maravillas dignas de ser visitadas en la capital francesa. Las paredes de su nuevo estudio están cubiertas de dibujos y bocetos de figuras, detalles de paisajes, etc., que han de servirle para su obra, todo del tamaño que en ésta habrá de tener. A juzgar por estos elementos que tiene acumulados y algunos de los cuales son ya verdaderas joyas artísticas, el cuadro será digno de la fama universal que ha conquistado el autor de *Cristo ante Pilatos* y del lienzo para el techo del Museo Real de Historia de las Bellas Artes, de Viena.

Teatros. — En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha estrenado con gran éxito una ópera en tres actos del compositor Draeseke, hijo de aquella ciudad, titulada *Herrat*.

— En Lille se ha estrenado con mucho aplauso una ópera de una joven compositora, Mlle. Folville, titulada *Atala*.

— En el teatro de Menus Plaisirs se ha estrenado una opereta de Boucheron, música de Audran, titulada *Articles de París*: el libreto es interesante, pero resulta algo sentimental y tiene en el fondo más condiciones de zarzuela seria, y aun de comedia, que de opereta bufa; la música es deliciosa, digna del autor de *La Mascota* y de *Miss Helyett*.

— En el teatro de la Corte, de Munich, se ha estrenado una ópera de Guillermo Kienzl, titulada *Heilmar el Loco*, que ha sido recibida con gran aplauso y cuya música demuestra en su autor un profundo estudio y un gran conocimiento de las obras y procedimiento de Wagner.

— En el teatro de la Residencia, de Munich, ha obtenido un éxito completo *Un crítico incipiente*, de D. José Echegaray, de cuyo reciente estreno en Berlín dimos cuenta oportunamente.

— *El amigo Fritz*, del maestro Mascagni, se ha cantado hace pocos días en Francfort y en Berlín: en la primera de estas dos ciudades fué entusiastamente aplaudida; en cambio en la segunda, aunque recibida con aplauso, no logró producir entusiasmo, exceptuando, empero, el intermedio de orquesta que precede al tercer acto, que hubo de ser repetido.

— Una nueva opereta de Millocker, *El hombre afortunado*, se ha estrenado con excelente éxito en Munich.

— En el teatro de Rossini, de Venecia, se ha estrenado la ópera *Yole*, primera obra del joven compositor Albano Seismit Doda, hijo del ex ministro de Hacienda italiano: el público la acogió con gran aplauso.

Necrología. — Han fallecido recientemente:

El gran duque Luis IV de Hesse: distinguióse en las guerras de 1866 y 1870, y ocupó el trono hessense en 13 de junio de 1877. Era un bravo soldado en toda la extensión de la palabra, pero en tiempo de paz gustábanle poco las cosas de la milicia y prefería dedicar su atención á las ciencias y á las artes y sobre todo al embellecimiento de su capital, Darmstadt, que supo convertir en una de las más bellas residencias de Alemania.

Benno Adam, célebre pintor alemán de animales, hijo del gran pintor de batallas Alberto.

G. H. Barth, escultor maguntino, autor del monumento erigido en Francfort á Gutenberg.

Don Serafín Martínez del Rincón, catedrático y director de la Escuela Central de Artes y Oficios de Madrid, á la que pasó después de desempeñar durante muchos años una cátedra en la de Cádiz.

Mr. Arturo Goring Thomas, célebre compositor inglés, discípulo del maestro francés M. Durand y de la Real Academia de Música de Londres, autor de las óperas *Esmeralda* y *Nadesha*, estrenadas con gran éxito en 1883 y 1885.

Fernando Barbedienne, fundador de la gran casa de bronces artísticos de París que lleva su nombre y que ha reproducido las mejores joyas de la estatuaria antigua y moderna.

Carlos Credé, famoso tocólogo alemán, autor del procedimiento de expresión para los alumbramientos, de otro para evitar las enfermedades de los ojos de los recién nacidos que tan fácilmente pueden ser causa de ceguera, y de varias importantes obras de medicina, entre ellas *Archivos de Ginecología* y el *Manual de las comadronas*.

Guillermo Smith, arzobispo católico-romano y metropolitano de Edimburgo y eminente orientalista.

Félix Szynalewski, notable pintor polaco, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Cracovia.

Varia. — He aquí algunas cifras curiosas relativas á las Exposición de Chicago. Los cristales necesarios para las claraboyas llenarán 120 vagones, representando una superficie total de 12 hectáreas; en el Palacio de Manufacturas entrarán 5.307.003 kilos de hierro, necesitándose sólo para el techo 2.000 vagones de planchas, ó sea una longitud de 912 kilómetros, y cinco vagones de clavos para clavarlas. El agua necesaria para la Exposición se obtendrá por medio de dos máquinas eléctricas que proporcionarán 242.268.160 litros diarios; el alumbrado constará de 127.000 lámparas eléctricas, 7.000 de arco, de 2.000 bujías de intensidad y las otras 120.000 de incandescencia de una intensidad de 16 bujías cada una, instalación que exigirá 22.000 caballos de fuerza motriz.

Los gastos probables de la Exposición se calculan en pesetas 463.259.325; los diversos recursos de que dispone darán una suma de 593.807.050.

NUESTROS GRABADOS

Coloquio amoroso, cuadro de D. Laureano Barráu (Exposición Parés). — Cuatro lienzos presentó el Sr. Barráu en la última exposición Parés, la novena de las que anualmente se verifican en aquel Salón tan conocido de los artistas y de los barceloneses, que premian con su visita frecuente los esfuerzos y los beneficiosos resultados obtenidos en favor del arte por la iniciativa particular. Dignas de aplauso son las cuatro producciones de este joven artista, pero entre ellas descuella la que reproducimos. El *Coloquio amoroso* resulta una composición simpática por la naturalísima expresión que embarga á los dos jóvenes que se comunican sus primeras impresiones, por su atinada colocación y por los pormenores que la completan. Resulta en él Barráu adepto de la novísima escuela y por lo tanto sugestionado por las corrientes transpirenaicas que informan las producciones de un grupo de nuestros artistas, á los que atinadamente calificó de *neo-místicos* nuestro buen amigo y colaborador Rafael Balsa de la Vega; pero aun así, justo es confesar que si por este lienzo no es posible adivinar al autor del *Sitio de Gerona*, en cambio obsérvanse cualidades tan recomendables en el joven pintor, que merece cumplidos plácemes. Firmeza y concienzudo estudio, armoniosa tonalidad y ese algo vago que revela el sentimiento y denuncia el alma del artista descúbrese en la última producción de Laureano Barráu.

El anacoreta.—Regimiento de cazadores en marcha. Dibujos de D. Ramón Navarro. — Aunque los asuntos militares son los predilectos del Sr. Navarro, su labor artística acredita que también en otros de muy distinta índole imprime el sello de su talento, demostrando con ello que si sus aficiones le atraen hacia un género determinado, sus aptitudes, cultivadas con un estudio concienzudo y una observación profunda, le ponen en condiciones de abordar otros muy diferentes. *El anacoreta* es la antítesis, por decirlo así, de las figuras y escenas de la vida militar; y sin embargo, sus bellezas no desmerecen de las que hemos siempre admirado en los dibujos del propio autor y de las que avaloran el otro dibujo, *Regimiento de cazadores en marcha*, que en este mismo número publicamos, y aun en cierto modo las aventajan, porque en aquella figura sobriamente trazada, desprovista de efectos, sin ninguno de esos elementos que impresionando todos á la vez pueden distraer la atención del que los mira, aparecen con mayor realce la nota sentida y la intachable corrección de líneas y se revela el talento artístico del que no necesita grandes recursos para producir una obra de indiscutible valía.

Pedestal del proyecto para un monumento á la rendición de Granada y al descubrimiento de América, modelado por D. Antonio Susillo. — Entre los varios proyectos que se presentaron en el concurso recientemente celebrado para la erección en Granada de un monumento conmemorativo de aquellos dos grandes hechos de nuestra historia, llamó con justicia la atención el del escultor sevillano D. Antonio Susillo, y aun no faltaron críticos notables que le consideraran digno del premio que la Academia no tuvo á bien concederle, premiándole en cambio el que envió para el sepulcro de Colón en la Habana. Basta examinar las dos caras del pedestal que reproducimos para comprender que público y críticos no andaban descaminados al calificar de notabilísima esta obra: la originalidad de la idea que preside, la bondad del modelado, la acertada agrupación de las figuras, más difícil de lo que á primera vista parece tratándose de un género como éste, la vida que anima esos grupos en conjunto y en cada uno de sus personajes y la riqueza de detalles de gran valor histórico y artístico con mano pródiga y con inspiración grande en ella derramados, hacen de esta obra una creación digna de la justa nombradía del autor de *La primera contienda*, *El beso de Judas*, *El lazarillo de Tormes* (premiadas en varias Exposiciones), *Escotógenes vencido*, *Aquelarre*, *Risas y lágrimas*, *El sueño de una novicia* y de tantas otras no menos inspiradas y aplaudidas.

Las comadres de mi barrio, cuadro de D. Luis Graner (Salón Parés). — El creciente éxito que obtienen, tanto en España como en el extranjero, los estudios de tipos que produce el discreto pintor Sr. Graner, oblíganle, sin duda, á dedicar á este género gran parte de su ingenio y de su labor. Y parece como que en el artista existe un decidido empeño en demostrar que su facilidad en hallar variantes con tan limitados recursos, se halla en armonía con el constante favor que le dispensa el público y los aficionados. Sorprendente es en verdad que sólo por efecto de concienzudos estudios y por los resultados obtenidos por los contrastes que ofrecen tipos siempre rudos y vulgares, pero varios de tonos, logra obtener el artista esas verdaderas composiciones, que son á modo de fotografías coloreadas de la plebe abyecta, de los adoradores de Baco, de sátiros vulgares ó de vetustas y licenciadas sílfides, cual las *Comadres de mi barrio*, que con gusto reproducimos.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

–¡Chist!, dijo el coronel, soy yo.

–¡Ah!... exclamó Marcos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual cada uno leía, como en libro abierto, en el corazón del otro, comprendiendo que era necesario hablar.

Aquel mudo apretón de manos, la diestra del conde estrechando la de Marcos en una comunión de alma, ¿no era más elocuente que todo? El coronel todo lo había visto y le compadecía; Marcos le comprendió la delicadeza de aquella censura, y en su vergüenza ¡cosa extraña! complacíale como si fuese dulce para él.

–¡Dispénsame!, dijo al fin como un niño.

–¡Tu esposa!... repuso el señor de Francœur con profunda emoción.

Marcos hizo un ademán vago, incompleto.

–¿Será un capricho?, se atrevió el coronel á preguntar. Supongo que no hay nada serio...

–¡Es una locura!, balbució Marcos inclinando la cabeza.

Y levantándola después, añadió:

–¡Pero la amo!

–¿Entonces es tu amante?, repuso el coronel con acento severo.

–¡No; te lo juro!...

–¡Sin embargo!...

El Sr. de Francœur pensaba en el beso, en aquel beso de embriaguez carnal, dado en la sombra. Reinó de nuevo un silencio embarazoso y lleno de vacilaciones, hasta que el coronel dijo:

–¡Haces mal!

Marcos le cogió la mano como para pedirle perdón.

–Lilia no sabe,... comenzó á decir.

El Sr. de Francœur se encogió de hombros, con ademán de duda.

–¿Qué piensas hacer?, preguntó después.

–Nada; yo no sé...

Sin concluir la frase, inclinó la cabeza, dominado por el ardiente deseo de la posesión.

–¿Qué esperas, pues, de?...

Al Sr. de Francœur le repugnaba nombrar á la baronesa.

–¿Y tú me lo preguntas?, repuso Marcos con equívoca sonrisa.

El coronel comprendió, y las palabras de su hermano le resintieron.

–¡Ah!, exclamó con expresión irónica.

Los dos presintieron que era inminente un rompimiento, una separación.

–¡No me comprendes!, murmuró Marcos con expresión de desconsuelo.

–¡Harto me lo temo!

Ambos se encerraron en un silencio tenaz, reconcentrado; comenzaba á producirse una corriente de secreta acritud. El Sr. de Francœur fué el primero en hablar.

–¿Por qué has de perder así tu dicha?, preguntó.

–¿Me crees acaso feliz?, repuso Marcos.

–¿Por ventura no lo eres?

–¡No, tal como tú lo entiendes!

Y al observar el asombro de su hermano, escéptico primeramente y como aterrado después, añadió:

–No me juzgues; ya te lo explicaré.

Mas al decir esto, remordióle su mentira, pues nada le impedía ser buen esposo, como no fueran su ligereza natural y su amor al placer.

La puerta del saloncito se abrió de pronto, y la luz de una lámpara, levantada en alto por un brazo, permitió ver al Sr. Jugaud, con expresión recelosa, y detrás de éste una mujer de edad algo avanzada.



... y estampó en ella un ávido y ardiente beso (pág. 205)

–Ya me lo figuraba, dijo Jugaud. ¡Caballeros, en el salón preguntan por ustedes! Mucho siento interrumpir la grata conversación de los dos hermanos, pero es preciso complacer á las señoras.

IX

Otro centro, otro ambiente: en el salón se admiraba una cómoda elegancia. La señora de Jumiege sentada al piano; bajo sus dedos, los sonidos velados y plañideros de un nocturno de Chopín prolongaban sus ondas moribundas, que parecían confundirse con las vibraciones de las lámparas y con los suaves perfumes de las señoras.

La baronesa de Brettes, completamente tranquila, hablaba con Lilia de modas, y al verlas hubiérase creído que eran las mejores amigas del mundo. El coronel no se atrevió á fijar la vista en ellas.

Sus ojos miraron la fisonomía, nueva para él, de la mujer de edad, cuyo aspecto indicaba una categoría inferior: era la dama de compañía de la baronesa, y distinguíase por su aire respetable y su expresión de falsedad y por su sonrisa espiritual y rastrera. En aquel momento preparaba los naipes sobre una mesa de juego para entretener á la señora Fabvier: no había comido con los demás porque hubieran sido trece. Llamábase señora Lemartre, palabra que escribía dividiéndola en dos. El coronel se enteraba de estos detalles á medida que los citaba el Sr. Jugaud, cuya mandíbula de dogo parecía morder.

–Aquí donde usted la ve, decía, es una espía que el Sr. Brettes ha dejado para vigilar á mi prima. Cuando él se halla aquí, le sirve de lectora y de secretario; y mientras viaja, envíale breves informes; pero Clara es muy lista y sabe granjearse la voluntad de las personas y...

Jugaud se interrumpió, temiendo haber dicho demasiado; pero fué lo bastante para confirmar la primera impresión del Sr. de Francœur, de que algo sospechoso existía entre la baronesa y el Sr. de Jugaud. Hasta el nombre de Clara le repugnó en la boca de aquel hombre, después de haberle oído pronunciar á su hermano.

Muy alegre al parecer, Marcos dirigía en aquel momento á la señora de Jumiege algunas frases que provocaban su hilaridad; y el franco carácter del Sr. de Francœur, mortificado por aquella hipocresía amable, impuesta por las conveniencias, sintió una opresión, una especie de aislamiento, más pesado aún que su coraza de guerra, y su mirada se refugió en las señoritas de Kerjuzan, cuyo aire distinguido le atraía, y se acercó á ellas.

Su conversación fué sencilla y espontánea como entre personas á quienes la simpatía atrae, y el coronel no experimentó aquellas vacilaciones que había sentido hasta entonces, entrando por el contrario de lleno, como en terreno fácil, en la intimidad de aquellas damas, y entregándose sin reflexión al placer de hablar con la vieja solterona y de cambiar algunas frases con Ivelina: la pureza de corazón de estas señoritas le parecía seductora, y sus palabras tenían un encanto infantil, como de personas que no conocen el mundo.

Sin embargo, lo que decían, no tenía nada de particular: hablábase de la Martinica, del *dolce far-*

niente criollo, que la anciana tía echaba de menos; de los criados, de que habían tenido que separarse, y hasta de los animales, que con el tiempo habían acabado por ocupar un lugar en la casa.

– A la esposa del gobernador, decía Ivelina, le regalamos nuestro Nistiti; quería traérmelo á Europa, pero me aseguraron que moriría de languidez, y he preferido que viviese feliz allí.

El tono y la expresión de bondad con que la joven dijo esto conmovió al coronel, que aunque aborrecía á los monos, pensó que nadie se pone en ridículo por hablar de aquello que inspira cariño. Bien mirado, ¿por ventura no le agradaban á él los perros?

La tía hablaba de sus dos hermanos, el padre y el tío de Ivelina, ambos oficiales de la armada, muertos gloriosamente, el primero al estallar la insurrección canaca, y el segundo en el Tonkín, explicando como á un mismo tiempo se casaron con dos hermanas de Fuerte de Francia, que fallecieron jóvenes, dejando una de ellas una hija, Ivelina, y la otra un hijo llamado Ivón. Con aquel nombre parecido é impuesto por el mutuo afecto de los padres, los dos niños crecieron juntos, como Pablo y Virginia. Lilia había sido su madrina y la tía Aurora había educado á Ivelina, y los Fabvier, sus primos, á Ivón. Este último estudiaba para marino, carrera predilecta de todos los Kerjuzan, y había de llegar dentro de un mes de Saboya, donde á la sazón se encontraba en casa de una hermana del Sr. Fabvier, descansando de sus estudios.

Estos detalles fueron para el Sr. de Francœur más bien interesantes que agradables. A menudo sucede así; apenas se conoce á una persona, y ya se envidian sus amistades y se siente inquietud por sus preferencias. Sin embargo, los diez y seis años del pequeño Kerjuzan le tranquilizaron.

El coronel examinaba á hurtadillas el rostro de la joven, en el que no se manifestó el menor embarazo al oir hablar de su hermano de niñez, y maravillóle su expresión de verdadero candor. Pero le acosó una duda: su precocidad de mujer, ¿era precocidad en el corazón y el desarrollo moral? Tenía el encanto de una flor grande y hermosa; pero tal vez se redujese todo en ella á color y perfume. Mas ¿qué importaba esto? El coronel desconfiaba mucho de las mujeres inteligentes é instruídas, y pensaba que una niña sabe siempre lo bastante para el hombre más sutil. A no dudarlo, Ivelina había entrado en la nubilidad y esta palabra le inspiraba profundo respeto: la mujer le parecía un ser delicado y frágil, cuyos achaques le inspiraban compasión, y compadecíala por los sufrimientos que la maternidad impone.

Una voz interrumpió su conversación, la de la baronesa de Brettes, que le preguntó:

– ¿Puedo contar con usted para algunas expediciones á caballo, señor conde?

El coronel hubo de inclinarse y responder; pero resentíale aquel tono deliberadamente familiar y sobre todo mortificábale que se dispusiera así de su persona, como si la baronesa tuviese derecho de mandar en aquel salón, cuando él sabía...

Desde aquel momento no acertó ya á reanudar la conversación con la señorita de Kerjuzan en el punto en que la dejara, pues se había roto el hilo conductor; y como por otra parte había llegado la hora de servirse el te, pudo admirar el paso ondulante de Ivelina, á quien estaba encomendado este servicio; sus manos admirablemente blancas, en las cuales resaltaban las venas azules, y sus dedos finos y por dentro sonrosados. La joven le ofreció una taza de te, y él, que llamaba á aquella bebida tisana, aceptó por el placer de tener alguna cosa de Ivelina, y se abrasó los labios al sorber en la diminuta taza de porcelana de China. Cuando la señorita de Kerjuzan se hubo servido, el coronel se mostró muy solícito en retirar de sus manos la taza, y esta niñería le complació mucho; pero de repente paralizóle un acceso de timidez invencible, el temor de que se observase su obsequiosidad y se adivinara la turbación de sus pensamientos: todo el mundo, incluso Ivelina, le juzgarían ridículo, pues por sus años y su posición era un hombre serio, y lo que era peor, de edad madura. Su fuerza y su salud, sin embargo, protestaban, pero en voz baja.

A su alrededor, todas las conversaciones languidecían, como sucede siempre al fin de una velada: todo el mundo hablaba ya de marcharse. Los Jumiege, después de permanecer ocho días en el castillo, se disponían á regresar á Vouziers, debiendo conducirles á la estación de Attigne el coche de la casa; habíase anunciado ya la llegada del carruaje de la baronesa de Brettes que había de volverla á Jozeu, y también del tílburi inglés del Sr. Jugaud, que habitaba en la villa de Savre, á una hora de distancia.

La baronesa, que fué la primera en levantarse, tendió su mano algo varonilmente para estrechar las de los Sres. de Fabvier; todo el mundo se despidió al mismo tiempo que ella; y después que las señoras se hubieron puesto sus sombreros y los hombres sus sobretodos, huéspedes y convidados bajaron al vestíbulo. Los faroles de los coches difundían en la obscuridad claridades amarillentas; y la blanca grupa de un caballo parecía una mancha en el fondo negro de los árboles. El juez de paz saludó, emprendiendo la marcha á pie hacia el pueblo de La Riviere, escoltado por un mozo que llevaba un farol.

Marcos acababa de tomar su sombrero y sus guantes.

– ¡Supongo que no tratará usted de acompañarme!, dijo la baronesa con fingido asombro.

– Permítame usted que no falte á la costumbre.

– ¿Qué necesidad hay? ¡Quédese usted! Seguramente deseará hablar cuanto antes con su hermano.

– Sin duda me censuraría si la dejase á usted volver sola, repuso Marcos galantemente.

Al decir esto se guardó muy bien de mirar á su hermano, y su sonrisa y su expresión resuelta revelaron una voluntad á la vez reprimida y tenaz.

Por lo demás, Marcos había adoptado esta costumbre desde una noche en que la señora de Lemartre al verse sola en el coche había tenido miedo de los vagabundos que suelen recorrer los caminos, miedo bien injustificado por cierto en aquel país, donde los tales sujetos eran punto menos que desconocidos. Como Jozeu distaba apenas media hora, Marcos regresaba después tranquilamente á la luz de la luna.



Una vez fuera de la avenida, los coches tomaron distintas direcciones

– ¡Buenas noches, conde, y dispense, dijo la baronesa de Brettes; ya ve usted que no es culpa mía!

En su voz se revelaba cierta indefinible expresión irónica, hija tal vez de su ligero triunfo, como si hubiese temido de antemano, sin motivo, la llegada y la perspicacia del hermano mayor. La baronesa besó á Lilia, como cosa muy natural, y todos subieron á sus respectivos coches. Una doncella de los Jumiege, que se había retardado, subió al pescante, con la cara hinchada á causa de una fluxión y cubierta en parte con un pañuelo. Las portezuelas de los coches crujieron, cortando las palabras de despedida; los Fabvier, el Sr. de Francœur y Lilia vieron fustigar á los caballos y alejarse los faroles, cuya luz iluminaba al paso las espesuras sombrías, de las cuales exhalábase un perfume de rosas y heliotropos. Una vez fuera de la avenida, los coches tomaron distintas direcciones y muy pronto se perdieron de vista.

Los Fabvier habían entrado en el castillo, y Lilia y su cuñado se encontraron solos. Un pensamiento común, que no se comunicaron, les hizo permanecer silenciosos algunos segundos, con los ojos fijos y el oído atento en la dirección seguida por un coche que conocían demasiado bien, y cuyo rumor se extinguía. Lilia se estremeció y los dos entraron en la casa.

Entonces el coronel recordó un detalle en que no se había fijado mucho durante la confusión de la marcha: el tono de irritación sorda y violenta con que el Sr. de Jugaud reprendió á su lacayo y fustigó á su poney. La presencia de Marcos junto á la baronesa no parecía extraña á tan brutal acceso de mal humor, y el coronel sintió no haber podido ver el rostro del Sr. Jugaud en aquel momento.

X

En el salón, los Fabvier y la señorita Aurora de Kerjuzan revelaban en su actitud la fatiga natural en aquella hora avanzada. Llegada la hora de retirarse á sus respectivas habitaciones, Ivelina iluminó con una última sonrisa el salón vacío y besó á Lilia con ternura, compadeciendo su secreto pesar sin conocerle; y en la mirada que cruzó después con el señor de Francœur, éste creyó leer una expresión de confianza en él, una esperanza amistosa, como si la joven no dudara de que su presencia sería un consuelo para Lilia. Después, ligera y vaporosa, desapareció precedida de su tía, y el coronel quedó solo, algo inquieto, frente á su cuñada, cuyo vistoso traje volvió á parecerle escotado en demasía.

Lilia lo comprendió sin duda, pues se cubrió graciosamente con un chal que en un sillón tenía: los dos vacilaban; aunque se profesaban mucho cariño, sólo se conocían superficialmente, pues habían vivido siempre lejos uno de otro y únicamente se habían visto en cortas visitas hechas con grandes intervalos, pero un instintivo afecto los atraía, y el Sr. de Francœur, aunque temiera una explicación, no se creía con derecho para sustraerse á ella.

– También tú debes estar cansado, querido Roberto, dijo Lilia.

El coronel hizo un signo negativo y volvió á sentarse, imitando el ejemplo que ella le daba. Mirábale Lilia con singular persistencia y conmovedora timidez: sus hermosos ojos negros se velaron, su rostro tomó una expresión infantil de desesperación y las lágrimas se deslizaron al fin lentamente por sus mejillas.

El Sr. de Francœur no supo encontrar una palabra de consuelo para Lilia; estaba como petrificado ante su profundo y sincero dolor, y ya no le parecía tan extravagante aquel traje que por su misma mala estrella movía á compasión. Lilia parecía una joven endomingada que llora porque se han desconocido sus buenas intenciones y á quien se ha ocasionado un disgusto inmerecidamente.

– ¡Querida amiga!, balbució el coronel enternecido. ¡Querida hermana! ¡No te aflijas!... ¿Por qué?...

Lilia seguía llorando con pesar cada vez más intenso y el rostro oculto entre las manos.

– Es preciso no..., comenzó á decir el coronel.

Habíase levantado de su silla indeciso, con los brazos pendientes, fluctuando entre su impotencia y el vehemente deseo de consolar á su cuñada.

– ¡Dispénsame, murmuró Lilia; no puedo remediarlo!...

Y redobló su llanto, mezclado con sollozos y angustiosas quejas.

El Sr. de Francœur se mordió el bigote, movió los párpados, y bajo su aire varonil revelábase una emoción profunda: todo lo había previsto, confidencias, acusaciones, quejas; pero no aquellas lágrimas, contra las cuales no tenía defensa.

– ¿Qué debo pensar?, dijo. Me contrista tu dolor... y si conociese la causa que lo motiva, tal vez podría...

Siguióse un prolongado silencio, acompañado de mudas lágrimas; Lilia, desfallecida y con la cabeza inclinada, estremecíase á intervalos convulsivamente.

– Confía en mí como en tu mejor amigo, murmuró el Sr. de Francœur. ¿Cómo es posible que te aflijas de esa manera?

– ¡Soy muy desgraciada!, contestó Lilia con acento angustioso.

– ¡Desgraciada! ¡Tú, tan buena y tan querida de todo el mundo!

La joven hizo repetidas veces con la cabeza una señal negativa, que expresaba su desesperación; y á cada movimiento en la onda de sus cabellos brillaban los rayos de una estrella de diamantes.

El coronel aparentó ignorancia, y repuso con tono paternal:

– ¿Cómo que no? ¿Es posible que no te ame todo el mundo?

– ¡No!, contestó Lilia, dejando escapar un gemido. ¡Mi esposo no me ama ya! ¡Ama á otra!

– Pero ¿es posible que tal creas? ¿Quién es la otra? ¡Vaya unas suposiciones!

– ¡No son suposiciones; estoy segura!



Lilia desfallecida y con la cabeza inclinada estremecíase á intervalos convulsivamente (pág. 220)

– ¿Qué pruebas tienes?

– Ninguna, y muchas. ¿Acaso no bastan su aire, su manera de ser y toda su persona? Para *esa* mujer son las gracias y las sonrisas; la sigue como su sombra, mientras que á mí me desdeña y todo cuanto hago le desagrada. ¿No observaste cuando yo entré en el salón?... Me ha tomado ojeriza él, antes tan bueno y tan cariñoso. *¡Ella* es quien así me lo ha cambiado!

– No sé de quién hablas, replicó el coronel dulcemente, con un embarazo tanto más real cuanto más franqueza quería aparentar.

Lilia apartó las manos del rostro para levantarse el cabello sobre su frente y fijó en su cuñado una mirada á través de sus lágrimas. En aquel momento, su fisonomía descompuesta parecía casi fea, como la de los niños muy hermosos cuando lloran.

– Eres mal observador, dijo Lilia con amarga sonrisa, pues las asiduidades de mi esposo con la baronesa son harto visibles.

– ¡Cómo! ¿Le condenas, por eso, por simples atenciones y galanterías de salón, por una ligera coquetería tal vez?

El coronel excitaba de esta suerte á Lilia, porque deseaba averiguar hasta qué punto serían fundadas sus sospechas.

Lilia le miró casi despavorida, y con la viveza de un corazón puro le dijo:

– ¿Acaso esto no es bastante? ¿Qué otra cosa peor podría hacer? ¿No está la infidelidad en el corazón? Si yo coquetease con un hombre, aunque fuese inocentemente, ¿no sería culpable por ventura?

– ¡Sí, sí, hace mal!, contestó el coronel algo más tranquilo al ver que su cuñada ignoraba lo que él temía que supiese.

Y después de una pausa añadió:

– Pero es bueno y cariñoso, como tú misma reconoces, y por lo tanto ¿cómo dudar de él? Su ligereza no es más que aparente, y debes recordar la prueba de afecto que te dió en otro tiempo: para casarse contigo habría pasado por todo.

Esta alusión á la resistencia que opuso al matrimonio de Marcos la señora de Francœur recordó á Lilia su dicha pasada. Viuda muy joven entonces, volvía al mundo después de dos años de soledad que habían mitigado el primer dolor intenso que en su vida sufriera: vió á Marcos, hermoso, distinguido y noble, y cuando éste le declaró su amor sintióse conmovida. Desde entonces habían transcurrido ocho años de agradable vida íntima, con la alegría que les proporcionaban sus hermosos niños, sanos y robustos.

Algunas nubes empañaban, sin embargo, aquella felicidad. Muchas veces Lilia tuvo celos, y hasta en ciertos días le ocurrió la idea de que Marcos podía haberle sido infiel, ó serlo en lo sucesivo; pero quiso mantenerse voluntariamente en la ignorancia, prefiriendo creer en él, tal vez con el pensamiento propio de muchas mujeres, de que las breves infidelidades de los esposos, cuando no comprometen más que sus sentidos, y no su vida ni su afecto, tienen poca importancia si la esposa no las conoce. Sin embargo, cuando llegó á ser más mujer y madre, Lilia se formó una idea más elevada y digna del matrimonio. La costumbre, que enfría la ternura del hombre, había fortificado por el contrario la suya, por todo cuanto la vida cotidiana tiene de común en lo bueno, lo sencillo y lo verdadero: quehaceres domésticos, responsabilidad conyugal y educación de los niños. He aquí por qué el temor de una infidelidad formal de Marcos la martirizaba ahora, previendo peligros irremediables para ella, que iba á cumplir pronto los treinta años. Muy hermosa aún, no lo sería siempre; mientras que él se conservaría joven largo tiempo. Por esta razón, deseando agradar á su esposo, tal vez sin saber conseguirlo siempre, su tocador la ocupaba mucho tiempo; y de aquí esas minuciosidades refinadas en el traje y el adorno, que se imponía como un culto para seguir siendo seductora y amada; de aquí esos vestidos algo excéntricos de estilo criollo, el uso de afeites sutiles y todos los recursos del arte, ya que no del gusto femenino. Y todo esto resultaba tiempo perdido; demasiado lo comprendía Lilia, pues hacía ya tres meses que Marcos cortejaba á la baronesa. ¿En qué era superior á ella aquella muñeca de porcelana, con sus ojos de esmalte pálido y su boca de expresión insolente?

El Sr. de Francœur abogaba lo mejor posible por la causa de su hermano; pero Lilia le oía confusamente, pues con la mirada fija evocaba el recuerdo de aquella felicidad, de aquel amor de otro tiempo que su cuñado acababa de invocar. Y al reflexionar que aquellas dichosas horas de juventud, lejos de volver, se alejarían cada día más, Lilia inclinó la frente sobre su pañuelo y comenzó á llorar de nuevo.

Sin embargo, sus lágrimas eran menos amargas y disminuían la tensión de sus nervios. En aquel ser, todo instinto, corazón y bondad, aquella crisis era saludable.

El coronel, que había cogido una mano de su cuñada, estrechábala amistosamente con tímida expresión.

– Enjuga tus lágrimas, querida Lilia, dijo; es preciso conservarse hermosa. A los hombres no les agrada ver llorar; y sin embargo, si Marcos te hubiese visto así, seguramente se hubiera enternecido. Pero vale más que te vea tranquila y risueña como siempre. Le sermonearemos y verás cómo su corazón vuelve á ser tuyo; que al fin y al cabo no se ha desviado tanto de ti. ¡Valor, mi buena hermana; es necesario tenerle siempre en esta vida!

Lilia se enjugó los ojos con su diminuto pañuelo, ya del todo húmedo.

– Es mi esposo y mi señor, dijo después de una pausa, con voz débil y sin cólera; puede obrar como quiera, y hasta hacerme desgraciada; no por eso dejaré de amarle.

– ¡Hermosas palabras!, repuso cándidamente el Sr. de Francœur.

Así siguieron hablando bastante tiempo; y Lilia, con la volubilidad de su carácter, fué tranquilizándose poco á poco, aunque conservando cierta impresión de dolor, cierta tristeza que le sentaba á maravilla. De pronto el sonido del reloj al dar la hora hizo volver la cabeza á Lilia.

– ¡Dios mío, exclamó, cuán tarde te vas á acostar por culpa mía! ¿Me dispensarás mi enojoso recibimiento? ¡Olvida la mala impresión que has recibido á tu llegada!

El coronel aseguró que se daba por muy contento con la confianza que le había manifestado, lo cual no le impedía pensar que no esperaba, en efecto, encontrarse con aquella disensión doméstica.

Y como se levantase, al ver que se prolongaba la ausencia de Marcos, de la cual se abstenían de hablar él y su cuñada, por más que la tuvieran en el corazón y en los labios, Lilia le dijo:

– Te acompañaré; yo no me acuesto nunca sin besar á mis hijos.

Así diciendo, salió del salón seguida del coronel, y al llegar delante de la puerta de la habitación de los niños, abrióla sin ruido, después de hacer una seña á su cuñado para que esperara; pero un momento después le llamó, y el Sr. de Francœur entró de puntillas. El aposento se comunicaba por una puerta oculta tras el biombo con la habitación del aya inglesa, que se presentó al punto con una Biblia en la mano. En sus lechos que parecían de muñeca, Juana y Pepita, tapadas con la colcha, que las cubría hasta el cuello, dormían con el dulce sueño de los ángeles. Lilia levantó un poco la almohada en que descansaba Pepita, y el coronel pudo observar cuánto se parecía aquella niña á su madre. La reserva que les imponían el tranquilo sueño de aquellas inocentes criaturas y la presencia de una extraña tradújose para su cuñada y para él en una penetrante mirada y en una sonrisa de emoción contenida. Inclinándose sobre las pequeñas camas, Lilia dió un prolongado beso á Pepita y otro á Juana; y como observase que el coronel ardía en deseos de hacer otro tanto, hízole seña para que se acercase. El Sr. de Francœur con su espeso bigote debió de hacer cosquillas á sus sobrinas, pues cada vez que se acercó á ellas sus pequeñas cabezas cambiaron de postura en la almohada.

– ¡Esa es la felicidad!, murmuró el coronel en voz baja y muy conmovido, pensando que muchos que la tenían no la aprovechaban, mientras que él hubiera sido dichoso con ella.

Lilia no contestó, estaba pensativa y se limitó á mover la cabeza.

Al salir, insistió en acompañar á su cuñado hasta la puerta de su habitación, entró en ella para encender los candelabros de la chimenea, y ofreciéndole después su mano, dirigió una mirada hacia el cuarto silencioso de Marcos. ¿Le esperaría hasta que volviese? Su aire misterioso de impaciencia, su boca entreabierta, sus espesas cejas que se movían acompasadamente y las palpitaciones de su seno comunicábanle en aquel instante un encanto seductor: al señor de Francœur parecióle más hermosa que la baronesa, y pensó que los hombres son á menudo muy necios.

Lilia se volvió, y fijando en su cuñado una mirada distraída, como si su corazón estuviera en otra parte, le dió las buenas noches.

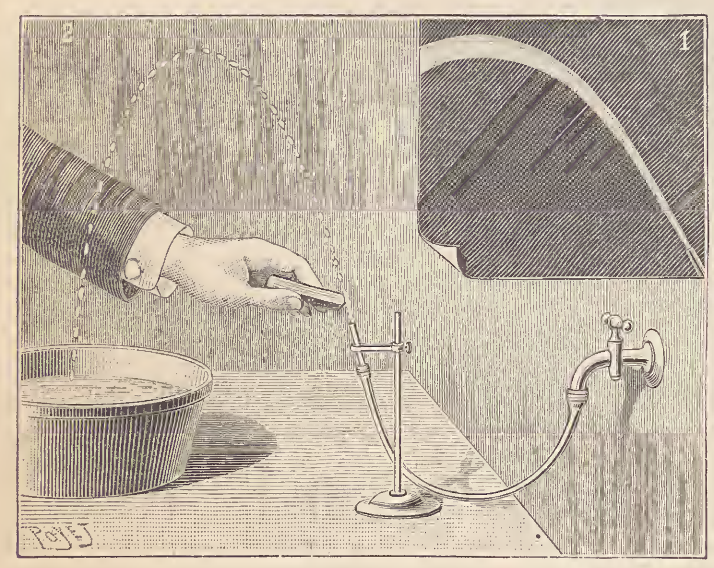
Al retirarse con paso algo incierto, su elegante vestido produjo un ligero roce que parecía un quejido, y el coronel al oirlo sintióse invadido de tristeza.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EXPERIMENTOS DE CAPILARIDAD

Los fenómenos capilares, hasta hace poco considerados de inteligencia difícil y escasa importancia, empiezan á llamar la atención del público aficionado á



Figs. 1 y 2. – Chorro de agua compuesto de gotitas sueltas (fig. 1) reunidas en grandes gotas por medio de la electricidad (fig. 2)

los problemas físicos, por la acción varia de estas fuerzas misteriosas, por su participación en la mayoría de los fenómenos naturales y por las deducciones que de ellos se derivan. Muchos son los experimentos que en materia de capilaridad se han hecho, pero la verdadera dirección experimental de las investigaciones modernas débese á M. Plateau, cuyos hermosos trabajos, completados por M. van der Mensbrugghe, forman hoy en día un conjunto compacto y ordenado, que han enriquecido sir Guillermo Thomson, lord Rayleigh y sobre todo Mr. C. V. Boys. Las conferencias de este último en la *Royal Institution* han sido coleccionadas en un volumen y merecen ser conocidas; de ellas extractaremos algunos experimentos que ofrecen particular interés.

Empezaremos por uno que, sin exigir gran preparación, es de éxito seguro. Sujetemos al extremo de un tubo de caucho otro de cristal terminado en un orificio de 1 ó 2 milímetros de diámetro, y poniendo al primero en comunicación con un conducto de agua abramos la espita de manera que por ella salga un chorro ascendente de un metro aproximadamente de altura (fig. 1). Entonces ocurre un fenómeno muy conocido: á una pequeña distancia del orificio el chorro se descompone en gotas de diversos tamaños que se diseminan en un ancho espacio y que al caer sobre un papel producen un sonido sordo y continuo. Si en tal ocasión aproximamos al chorro un bastón de cera electrizado, el aspecto cambia inmediatamente, formando el chorro gruesas gotas que siguen la misma dirección (fig. 2) y producen al caer sobre el papel el ruido de la lluvia torrencial. Análogo efecto se logra apoyando un bastón de madera por un lado en el tubo de cristal y por otro en la caja armónica de un diapasón puesto en vibración (1): de este modo pueden obtenerse varios chorros de gotas gruesas.

La explicación de estos fenómenos no es difícil; y aunque es preciso tomar la teoría de algo lejos, al exponerla encontraremos otros experimentos no menos curiosos que servirán á nuestros lectores de descanso en un razonamiento necesariamente largo.

Sabido es que el aire contenido en una pompa de jabón está sometido á una presión que depende de la curvatura de ésta, como puede demostrarse fácilmente: si se sopla en los dos extremos libres de un tubo en H dos pompas esféricas de distinto tamaño, la menor se vacía en la mayor. Intercalando espitas en los brazos de la H las pompas pueden ser contenidas dentro de cierto tamaño, luego cogidas delante del orificio de los tubos por medio de dos anillos de igual diámetro y estiradas levantando el tubo: de este modo se obtienen pompas que toman la forma de un tonel y después de un cilindro. La fig. 3 (núms. 1 y 2) indica el modo de efectuar el experimento: la pompa de la izquierda está ya hueca, al paso que la de la derecha, más gruesa al principio, está aún bombada y acabaría por ahuecarse alargándose. Si entonces se abren las espitas, de modo que las pompas se pongan en comunicación por el tubo, una de ellas arroja generalmente aire en la otra, y en este caso se observa lo siguiente: si las pompas son de diámetro y longitud iguales, pero una abultada y otra estrecha, la primera envía aire á la segunda, si su longitud es inferior á la mitad de su circunferencia en el punto de contacto con el tubo, sucediendo lo contrario si su longitud excede de la mitad de su circunferencia: la fig. 3 (núms. 1 y 2, en los que las flechas indican la dirección del aire) explica este fenómeno.

Ahora bien: una pompa cilíndrica aislada y cerrada en sus extremos y cuya longitud exceda de la mitad de la circunferencia, aunque menor que ésta, puede ser considerada como el conjunto de dos pompas de la primera especie puestas punta con punta: si la longitud excede de la circunferencia, las dos pompas cilíndricas figuradas son de la segunda especie. Si, pues, por una causa cualquiera, el cilindro experimenta una deformación estrechándose en un extremo y ensanchándose en otro, el equilibrio se restablecerá en la primera pompa y se romperá por completo en la segunda que, al cabo de un momento, se separará en dos pompas desiguales (fig. 3, núm 3).

Lo mismo sucede en una vena líquida que salga de un orificio circular: en una parte de su recorrido puede ser considerada como la reunión de cilindros colocados punta con punta y en los cuales la menor deformación tenderá á acentuarse por el efecto de la membrana superficial del agua que obra sobre el líquido interior como la membra-

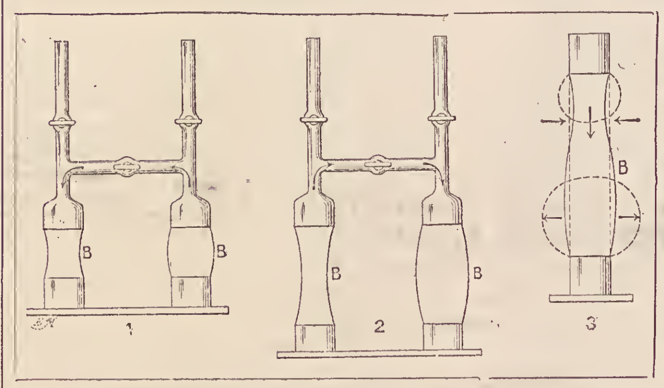


Fig. 3 – Experimento de las pompas de jabón. – 1 y 2. Pompas de jabón que se vacían unas en otras. 3. Pompa cilíndrica instable (B, B, B, B, B representan las pompas de jabón).

na de agua de jabón comprime el aire que contiene. Las menores irregularidades del chorro aumentan con extensa rapidez: lord Rayleigh, por ejemplo, ha

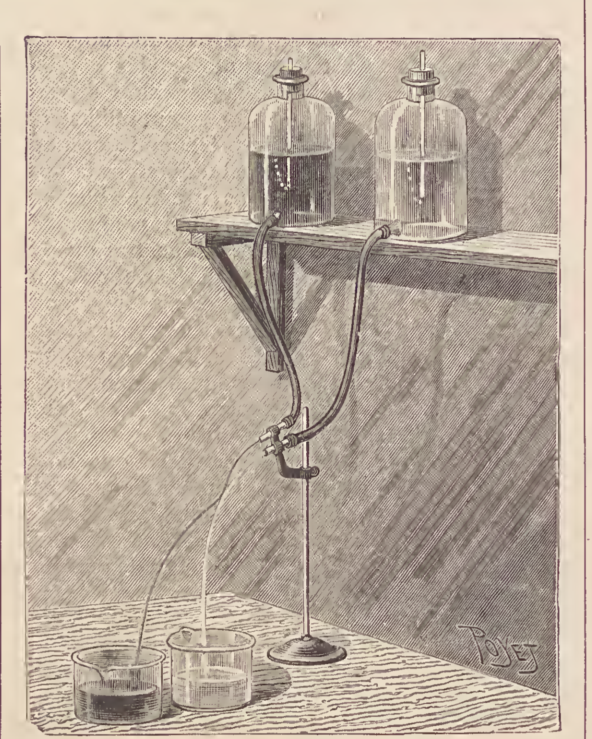


Fig. 4. Reflexión de dos chorros líquidos que se encuentran en ángulo agudo

demostrado que si en una vena de agua de un milímetro de diámetro se practica una depresión, ésta aumenta mil veces en una cuadragésima parte de un segundo. El tubo mejor sujetado experimenta siempre pequeñas trepidaciones que se comunican á la vena y por sí mismas se acentúan.

En circunstancias ordinarias, las señales que el chorro recibe en su origen son muy irregulares y determinan la ruptura en un gran número de cilindros desiguales que se encogen formando gotas: en el momento en que una de éstas va á separarse, queda retenida por el cuello que la une á la siguiente, todavía en estado de formación; cada una de ellas tira por su parte y la velocidad de cada gota es una resultante de estas diversas acciones. Es, pues, evidente que las gotas salen en la misma dirección, pero con velocidades diferentes, tomando desde su origen trayectorias diversas y chocando entre sí oblicuamente. Ahora bien: en circunstancias ordinarias dos gotas de agua que se ponen en contacto no se juntan, sino que rebotan una sobre otra: difícil de demostrar esto en gotas de agua, pero nada más fácil que ejecutar el experimento, bien con pompas de jabón, bien con chorros de agua, como lo ha hecho por vez primera lord Rayleigh.

Se hace chocar dos chorros dirigidos en ángulo agudo (fig. 4), uno de ellos colorado con anilina; al tocarse rebotan sin que ninguna huella de color pase del uno al otro, demostrándose con ello que no ha habido en realidad contacto; pero si se produce un campo eléctrico aproximando un bastón de cera electrizado á algunos metros del aparato, en el instante se juntan los dos chorros. Igual fenómeno se produce con las gotas de agua que chocan y se juntan cuando están electrizadas, sin duda porque los polos contrarios se encuentran de frente y la atracción eléctrica basta para obligar á las gotas á ponerse en contacto. Mr. Boys ha repetido este experimento con dos pompas de jabón que, suspendidas á dos anillos metálicos y aplicadas una contra otra, no se reunen hasta que se las somete á una acción eléctrica, constituyendo un electroscopio de extremada sensibilidad.

El resto del primer experimento se comprende por sí solo: las gotas que al chocar en direcciones poco diferentes rebotan esparramándose, se reunen, por el contrario, y siguen un camino intermedio.

El experimento del diapasón es también de explicación fácil: desde el momento en que se comunica al orificio una vibración regular, las depresiones se suceden en el chorro á intervalos iguales, las gotas del mismo tamaño siguen la misma dirección con igual velocidad y la causa de su dispersión ha desaparecido.

Puede suceder también que el diapasón comunique al orificio una vibración, compuesta, por ejemplo, de dos sacudidas desigualmente espaciadas; entonces el chorro se rompe en dos series de gotas, alternativamente grandes y pequeñas, y se producen entre los dos sistemas las acciones que se manifiestan de un modo irregular entre las gotas de un chorro cualquiera. El resultado de ello es que las dos series no tardan en separarse, rebotando las gotas de dos en dos en el mismo sitio y formándose dos rosarios

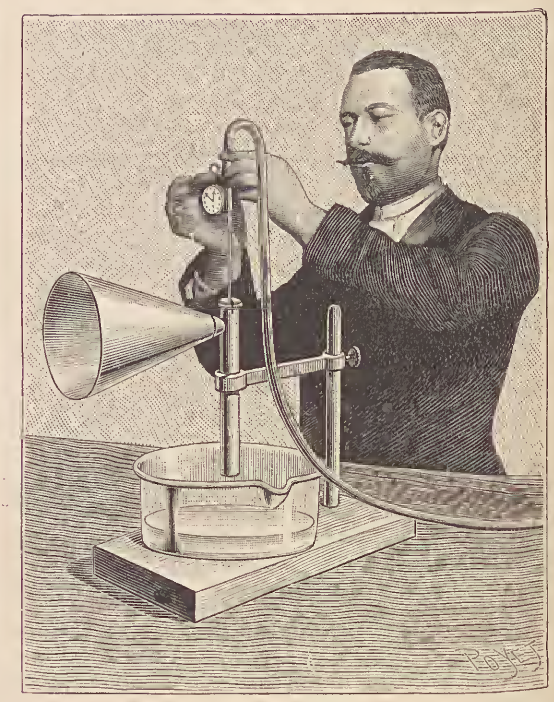


Fig. 5. Micrófono hidráulico de Mr. Chichester Bell.

que por un instante parecen ser dos líneas continuas como si el tubo tuviera dos orificios.

Del mismo modo que se pueden ver las gotas separadas, se las puede también mostrar á varias personas á la vez proyectando el chorro sobre una pan-

(1) A falta de diapasón puede tenderse una cuerda de tripa entre el tubo y el apoyo fijo y hacerla vibrar por medio de un arco.

talla é interrumpiéndolo regularmente por medio de un disco con varios agujeros cuya velocidad se regula de modo que el paso de un agujero á otro sea exactamente igual á la duración de la semioscilación del diapasón, lo cual se consigue soplando en el disco y modificando su velocidad hasta que produzca el mismo ruido que el diapasón. Este experimento, que puede ejecutarse de muchas maneras, requiere los recursos de un laboratorio; pero vamos á explicar otro de fácil ejecución y de gran efecto.

En el extremo de un tubo de caucho se ajusta un tubo de cristal terminado en un orificio de un tercio de milímetro aproximadamente, practicado, con preferencia, en paredes delgadas (1). Puesto en comunicación el tubo de caucho con el conducto de agua ó con un recipiente colocado á cuatro ó cinco metros sobre el orificio, se produce un chorro que debe ser absolutamente limpio y no contener burbuja alguna. Este chorro se dirige sobre una membrana de caucho tendida al extremo de un tubo de un centímetro de diámetro, de manera que la vena líquida quede cortada por la membrana un poco antes del sitio en que aquélla se resuelve en gotas. Cada sacudida comunicada al orificio precipita la formación de éstas, que se forman más atrás de lo ordinario: si entonces se aplica un reloj de áncora al tubo de donde sale el hilo de agua, el chorro, en un principio continuo en el sitio de la membrana, se encuentra cortado en él en el momento de producirse las sacudidas (fig. 5). De este modo se obtiene un servomotor de singular potencia que produce una ampliación formidable del sonido; y si el experimento está dispuesto de una manera conveniente, el tic tac, reforzado por el chorro y por la membrana, produce un ruido que cualquiera tomaría por el de un martillo golpeando contra un yunque. Este curioso experimento del micrófono hidráulico es debido á Mr. Chichester Bell, primo de mister Graham Bell, el ilustre inventor del teléfono, y preciso es convenir en que además de interesante por más de un concepto, tiene la cualidad de una sencillez maravillosa.

Nos hemos alejado de nuestro punto de partida, y bueno será que lo recordemos en pocas palabras antes de terminar este artículo.

Todos los efectos de que en el presente trabajo nos hemos ocupado, todos los aparatos cuya descripción acabamos de hacer descansan en una razonada aplicación de una fuerza que nos parece insignificante, ó sea la tensión superficial del agua, cuyo valor es solamente de siete á ocho miligramos por milímetro corriente de la superficie.

C. E. GUILLAUME
Doctor en Ciencias

(De *La Nature.*)

(1) Para conseguir un orificio apropiado á este experimento, se toma un tubo de cristal de cuatro á seis milímetros de diámetro y se ablanda uno de sus extremos en la lámpara, dando vueltas entre los dedos al tubo mantenido verticalmente, y en el momento en que el tubo va á cerrarse, se sopla con fuerza por el extremo frío, de modo que se obtenga una dilatación en el extremo opuesto.



LAS COMADRES DE MI BARRIO, cuadro de D. Luis Graner. (Salón Parés.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN